

GENERAL

D. FRANCISCO JAVIER SALAZAR
ENVIADO EXTRAORDINARIO

* y *

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO

DEL ECUADOR

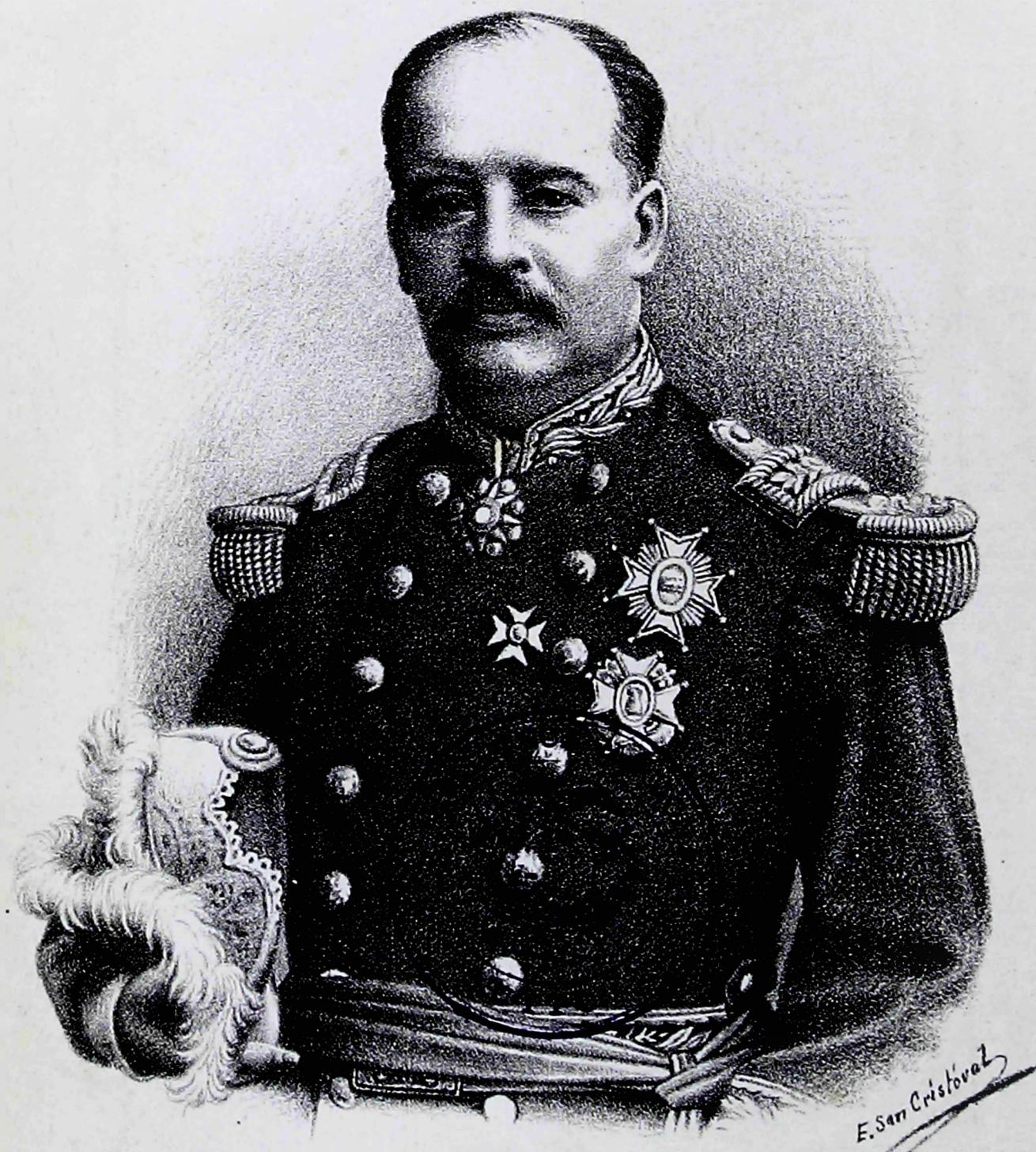
EN EL PERU y CHILE

Nació 1825 --- Falleció 1891.

LIMA

IMPRESA «LA EQUITATIVA», CALLE DE LOS DESAMPARADOS N. 19

—
1892



IN MEMORIAM.

SOBRE la tumba del que fue ilustre académico jurisconsulto y diplomático, doctor don Francisco Javier Salazar, General del Ejército ecuatoriano, se levanta la enseña de la redención en cuya fe vivió y murió el cristiano verdadero, y á su venerando recuerdo consagra esta corona el afecto de un compatriota suyo, que, en playa extranjera, ha compartido del inmenso duelo del Ecuador por la desaparición de uno de sus preclaros hijos.

Las palabras vertidas en la prensa de la nación hermana; recortes de periódicos, frases escritas por el amigo, documentos oficiales que acreditan los honores póstumos con que el Gobierno peruano honró la memoria del ilustre y llorado difunto; la oración fúnebre pronunciada en las exequias oficiales y algunas cartas que

hemos podido obtener, de entre las muchas de condolencia que recibió el señor Encargado de Negocios del Ecuador don Julio H. Salazar, digno hijo del malogrado General, serán las hojas de laurel que nos sirvan para tejer esta corona que, tal vez la más pequeña entre las que sabemos se preparan en la patria, será no obstante valiosa ofrenda, por las firmas que exornan el pensamiento aquí escrito, á cuyo lado colocamos, tímidos y aún emocionados, nuestro humilde y desconocido nombre.

J. A. R.

EL EXCMO. SEÑOR GENERAL

Don Francisco J. Salazar.

I

Decididamente, en la historia contemporánea del nuevo mundo existen figuras políticas que se destacan de una manera muy notable. Entre ellas se encuentra la del señor General D. Francisco Javier Salazar.

Nació en Quito en el año de 1826, del señor Dr. D. José María Salazar y la señora doña Dolores Arboleda, y se consagró al servicio de su patria desde muy temprana edad. Su vida, fecunda en grandes acontecimientos, ha estado ligada íntimamente desde aquella época remota á la historia del Ecuador.

A pesar de la enérgica resistencia opuesta por su distinguida familia, el joven Salazar se enroló en clase de aspirante en las filas de un regimiento de caballería. El doctor José María Salazar, juriscónsulto eminente, que fué du-

rante muchos años Ministro de la Corte Superior de Justicia, no pudo contrarrestar tan irresistible inclinación manifestada por su hijo.

El gran talento de que está dotado el General Salazar, es una herencia de familia. Don Francisco, su abuelo paterno, fue un abogado distinguido que figuró en elevada escala durante el coloniaje de la América Meridional, desempeñando después, durante los días legendarios de la magna guerra de la Independencia contra la metrópoli española, muy importante papel. Esta puede ser la causa psicológica de que el General Salazar, á sus inclinaciones generosas y el amor ardiente que ha profesado á la libertad, haya unido siempre tendencia é irresistible afición á los estudios científicos.

En 1850, siendo ya sargento mayor, recibió la investidura de doctor en Jurisprudencia. Su sabio maestro, el doctor don José Fernández Salazar, con motivo de las brillantes pruebas de competencia que dió el nuevo miembro del foro ecuatoriano, le auguró un porvenir de gloria. Sus proféticas frases de entonces se han cumplido de una manera espléndida.

En efecto, poco tiempo después, pasó á ejercer la judicatura de las letras del Pichincha, cargo que ejerció con unánime aplauso de sus conciudadanos. Sus sentencias inspiradas siem-

pre por la justicia, le dieron alto renombre, tanto como juez en las causas civiles, cuanto como miembro en los consejos de guerra. Sus veredictos han sido siempre altamente luminosos y de intachable rectitud.

A pesar de estos triunfos obtenidos en la carrera de las letras, sintió siempre especial predilección por la nobilísima de las armas, consagrándose á ella de una manera preferente.

Nombrado Ministro Plenipotenciario cerca de varias cortes europeas, tuvo oportunidad de aumentar el caudal de sus conocimientos técnicos mediante la observación, el estudio asiduo y la clarísima competencia de que está dotado.

En 1873 fué enviado por el Gobierno Ecuatoriano á los Estados Unidos con la misión de felicitar al General Ulises Grant con motivo de su reelección para el mando supremo de su patria. Durante su permanencia en la Gran República, se contrajo también al estudio de los últimos adelantos del arte militar, mediante las facilidades que le dió al efecto el magistrado á quien había ido á cumplimentar.

Las altas dotes naturales que posee el General Salazar, unidas á un gran amor al trabajo, le han elevado á la altura de una bien merecida reputación como escritor. Sus trabajos han tenido entusiasta aceptación en los centros

más civilizados del mundo, en los que goza de esclarecido renombre.

Desde la vez primera que pisó la arena de los combates, el General Salazar fué objeto de las efusivas felicitaciones de sus jefes, por la pericia y bravura de que dió inequívocas muestras. Al mando de un cuerpo de artillería, cooperó eficazmente en la toma de Babahoyo, mereciendo por tal hecho ser mencionado de una manera honrosa en la orden general del día por el entonces General en Jefe del Ejército Ecuatoriano Excmo. señor General Juan José Flores.

Después de tan señalado hecho de armas, continuó con el mismo cargo, venciendo su incontrastable energía los obstáculos que la naturaleza y los hombres oponían á la traslación del pesado material de guerra que se le había confiado, á través de distancias inmensas que los accidentes del terreno hacían casi intransitables.—Finalmente, el 21 de Setiembre de 1860, los cañones del Coronel Salazar hundieron bajo la nube de metralla las filas del ejército que sostenía la dictadura del General Franco, signatario del vergonzoso tratado de Mapasingue.

En premio de la conducta observada en todo el curso de esa campaña que tuvo tan glorioso desenlace; la Convención Nacional que

poco tiempo después se reunió en Quito, le condecoró con la Placa del Salado.

La batalla de Tulcán es otra de las páginas gloriosas de la historia militar del General Salazar. A la cabeza de su escasa columna de artillería contiene en sangrienta lid el denodado empuje de las huestes colombianas, hasta que cae vencido y prisionero. Sus soldados cumplieron lealmente la consigna que les diera en el momento del desastre: "O muertos ó prisioneros." El Jefe vencedor don Julio Arbolea, estimando en lo que merecían las relevantes prendas del Jefe ecuatoriano, le ofreció el mando superior del arma de artillería en el ejército que se disponía á encaminar á Bogotá con el objeto de derrocar el gobierno federal del General Mosquera. Aunque reconocido por tan señalada distinción, rehusó el General Salazar aceptar tal honor, y continuó en la condición de prisionero de guerra, hasta que el desarrollo ulterior de los acontecimientos le permitieron volver á formar bajo el pabellón querido de la patria ecuatoriana.

En 1864 fué enviado á debelar la facción que se había puesto en armas en la provincia de Manabí contra el gobierno legítimo de la República; y en 1868, siendo Presidente el Excmo. señor doctor don Javier Espinoza, restableció la tranquilidad en la Provincia del Chimbor-

zo, alterada por fuerte sublevación de indígenas. En esta vez el General Salazar tuvo la fortuna de obtener la victoria sin que hubiera necesidad de verter una sola gota de sangre.

Durante la administración del Excelentísimo señor García Moreno, aquel distinguido militar ocupó sucesivamente los puestos de Diputado, Senador, Comandante General de Quito, Comandante General de Guayaquil, Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores, Ministro de la Guerra y Plenipotenciario cerca de los Gobiernos de Francia, Alemania, Inglaterra y la Santa Sede.

Antes de su viaje á Europa había regentado con lucimiento y notable éxito la clase de IDIOMAS en la Universidad de Quito.

Después de la sangrienta tragedia del 6 de Agosto de 1875, continuó el bizarro militar sosteniendo el orden constitucional, hasta que la evolución política del 2 de Octubre del mismo año y el consiguiente advenimiento al poder del ilustre ciudadano Excmo. señor doctor Antonio Borrero, le relevaron de los compromisos que había contraído. En aptitud ya de poder buscar el descanso de que tanto necesitaba, tras tan prolongados servicios prestados á la Nación, se ausentó de su suelo y fué á residir alternativamente entre el Perú y Chile.

En la segunda de estas Repúblicas se en-

contraba cuando estalló en Guayaquil la revolución del 8 de Setiembre de 1876.—Con la noticia de tan triste acontecimiento, el General se trasladó á Lima, para desde allí conspirar con mayor eficacia contra el régimen depresivo de la honra nacional, cuyo pendón flameaba ya en casi todo el litoral ecuatoriano.

En 1883 pasa la frontera de la patria al frente de diminuto aunque heroico séquito y casi sin recursos.—Avanza á paso de carga sobre Loja, bate la ^{guarición} dictatorial que allí existía y recibe ^{calurosa} ovación en aquella noble ciudad que ^{había} libertado.—Combate y vence en Alausí, se presenta en las puertas de Cuenca ^{donde} había una brillante división que obedecía al Dictador.—Burla con hábiles maniobras ^{la} vigilancia del enemigo, y se encamina rápidamente hacia Quito, incorporando á su gloriosa cohorte, al pie del Chimborazo, los bravos guerrilleros de Garasti.

El cañón libertador volvió á tronar en la histórica falda del Pichincha.—El combate, briosamente sostenido por ambas partes, fué sangriento; pero el éxito más completo coronó los esfuerzos del caudillo de la libertad, dando con esto término inmortal á la gloriosa cruzada que tan hábilmente encabezó. Con la toma de Quito terminó la primera parte de la legendaria campaña restauradora. Faltaba rendir Gua-

yaquil, último baluarte de la dictadura y centro de todos los elementos de resistencia. Salazar vuela á aquella ciudad con sus bravos compañeros, y el 9 de Julio de 1884 hace su entrada triunfal en ella, haciéndola volver á la vida de los pueblos libres.

Pacificada la República, don Francisco Javier Salazar, el audaz y áfortunado vencedor, fué elegido Presidente de la Convención Nacional que se reunió con el objeto de reconstituir el país después del cataclismo político y social que tan fuertemente le había sacudido.

La campaña que inició el General Salazar en los ardientes páramos de Piura y terminó con el asalto del cerro de Santa Ana, le fué recompensado con una valiosa condecoración que le decretó la Asamblea.

Con reiterada instancia se le ofreció por entonces la presidencia de la República; pero el General la rehusó, no queriendo que un triunfo de esta naturaleza pudiera ser mal interpretado y eclipsara el brillo de sus victorias.

Durante la administración del Excelentísimo señor Caamaño, fué acreditado con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador cerca de los gabinetes de Lima y Santiago.

Con el advenimiento al mando supremo del Excmo. señor Flores, el General Salazar pasó

á ocupar el Ministerio de lo Interior y Relaciones Exteriores, hasta que motivos de delicadeza, relacionados con la exhibición de su candidatura á la Presidencia de la República, le obligaron á dejar un puesto que había servido con plena aprobación del pueblo y del Gobierno.

Aunque desempeñando las funciones de jefe de la cancillería ecuatoriana, conservó siempre su investidura de agente diplomático. Durante su larga residencia en Quito, la Legación acreditada en el Perú y en Chile ha corrido á cargo del señor don Julio H. Salazar, quien ha cumplido tan bien su cometido, que la ausencia de su señor padre, el general ministro, no ha alterado en lo menor la buena marcha de los asuntos que le estaban encomendados. El señor Salazar (Julio), hoy Encargado de Negocios y Cónsul General del Ecuador en Lima, sigue mereciendo la estimación del Gobierno de su patria por la inteligencia y contracción con que llena las labores de su delicada misión.

Como escritor, el señor General Salazar goza de alto renombre: su erudita pluma ha enriquecido notablemente la bibliografía americana con obras de indiscutible mérito.

Por tan importantes trabajos la Real Academia Española, le nombró miembro corres-

pondiente; socio honorario, la "Sociedad de buenas letras de Sevilla"; socio activo, el "Ateneo de Lima," etc., etc.

Además de nueve volúmenes escritos sobre el arte de la guerra, la colección de sus discursos, poesías, artículos de política militante y de derecho constitucional, formarían otra serie no inferior á la primera.

Nos olvidábamos apuntar que también es el autor del Código Militar en vigencia actualmente en el Ecuador, y de una obra importante titulada "Método de enseñanza primaria."

Cuando se inició en Guayaquil la grandiosa idea de erigir una estatua al inmortal Bolívar, padre y libertador de cinco naciones, el General Salazar, adorador de la memoria del egregio campeón, fué designado para Presidente del Comité que se organizó para llevarla á cabo. El discurso pronunciado en tan solemne ocasión merece ser mencionado de una manera muy especial. El distinguido literato Mr. Auguste Meulemans, actual director de la "Revista Diplomática de Paris", lo tradujo al francés, haciendo con esto merecido honor á tan hermosa producción. El 10 de Agosto de 1889, el distinguido hombre público ecuatoriano tuvo la satisfacción de descorrer el velo que cubría la estatua del héroe colombiano, pro-

nunciando antes de tan político acto una brillante apología, la que, como el anterior discurso, es joya literaria y patriótica de inestimable mérito.

El General ha sido director de varios periódicos y ha colaborado en muchos otros.

Además de las condecoraciones de que ya hemos hablado, el General Salazar ha sido premiado con dos más: una concedida por la última Legislatura durante la administración del señor Caamaño y otra con que fué agraciado por su gobierno.

La mayor parte de la vida del General Salazar la ha pasado entre las amargas fatigas de la vida pública: ha dictado como juez civil y militar los veredictos de la justicia, ha combatido en la prensa y en los campos de batalla, siempre del lado de la buena causa, haciendo frente á la turbulenta demagogia. Después de tantos actos gloriosos, natural es que el General Salazar sea el blanco del odio de sus enemigos. Mas, por fortuna, los hombres sinceros y de alma levantada, han visto en él la encarnación del patriotismo, el servidor del progreso y el soldado de la libertad.

Hé aquí la causa natural de esa gran popularidad y estimación de que goza entre sus conciudadanos."

JEAN LEMAITRE.

Al abandonar el mundo el distinguido ecuatoriano cuya biografía acabamos de traducir de uno de los renombrados periódicos franceses, ha pasado á vivir en las páginas de la historia y en la memoria de los que supieron apreciarle en lo que valía.

S. D.

Lima, Setiembre 26 de 1891.

HONORES PÓSTUMOS AL GENERAL SALAZAR

CONDOLENCIA DIPLOMÁTICA.

El Gobierno Peruano dió el pésame al nuestro por la muerte del señor General Salazar, por medio del siguiente cablegrama:

Ministerio de Relaciones Exteriores.—Quito.

Gobierno Peruano únese duelo del Ecuador por muerte General Salazar.

Sírvase aceptar expresión condolencia.

ELMORE,

Ministro de Relaciones Exteriores.

Quito, 24—9 a. m.

Ministro Relaciones Exteriores:

Gobierno Ecuatoriano agradece condolencia por sensible fallecimiento General Salazar.

Ministro Relaciones Exteriores.

Quito, 24.

Ministro Ecuador—Lima.

Sentidísima condolencia de la Patria, del Gobierno y del mejor amigo del ilustre finado.

PRESIDENTE.

(CONTESTACIÓN.)

Lima, Setiembre 24 de 1892.

Presidente—Quito:

Agradezco profundamente patriótico y sentido pésame de V. E. Gobierno Perú cumplidas manifestaciones memoria fallecido.

JULIO H. SALAZAR.

Lima, Setiembre 22 de 1891.

Señor Encargado de Negocios del Ecuador.

Con el más vivo pesar he tenido conocimiento, por un cablegrama que recibí del Cónsul del Perú en Guayaquil, que á las cuatro y media de la tarde había fallecido el Excmo. señor General don Francisco J. Salazar.

S. E. el Presidente de la República, á quien transmití tan infausta nueva, me ha encargado expresar á US. que el Gobierno y pueblo peruano lamentan profundamente la pérdida de un estadista tan distinguido, que con tanto acierto supo mantener y estrechar las relaciones de amistad entre ambos países, que dedicó su vida entera al provecho de la patria en los diversos ramos de la administración y de cuyos talentos se prometía el Ecuador, con justicia, nuevos y más importantes servicios.

Suplico á US. que exprese á su Gobierno que el Perú se une al duelo que enluta á la Nación Ecuatoriana, y acepte, así mismo, la manifestación personal de condolencia á US., por la dolorosa pérdida de su ilustre padre.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar á US. las seguridades de mi distinguida consideración.

J. FEDERICO ELMORE.

Al señor Julio H. Salazar, Encargado de Negocios del Ecuador.

Lima, Setiembre 22 de 1891.

Señor Encargado de Negocios del Ecuador.

Deseando el Gobierno honrar la memoria del Excmo. señor General don Francisco J. Salazar (Q. D. D. G.), ha resuelto que en una de las iglesias de esta capital se celebre una misa de *requiem* á la que será invitado oficialmente el H. Cuerpo Diplomático al que pertenecía el finado.

El Oficial Mayor de este Ministerio está encargado de acordar con US. y el Excmo. Monseñor Decano, el día y demás detalles de la ceremonia.

Reitero á US. las seguridades de mi distinguida consideración.

J. FEDERICO ELMORE.

Al señor Encargado de Negocios del Ecuador.

CIRCULAR AL CUERPO DIPLOMATICO.

Lima. Setiembre 22 de 1891.

Señor:

Por un cablegrama recibido de Guayaquil ha sabido el Gobierno el lamentable fallecimiento del Excmo. señor General D. Francisco J. Salazar, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en el Perú, acaecido el día de ayer á las cuatro y media de la tarde.

Me apresuro á trasmitir á..... esta infausta noticia, que ha causado al Gobierno peruano el más justo pesar, dados los antecedentes del ilustre finado y el empeño que siempre puso en mantener las más cordiales relaciones con esta Cancillería.

Para honrar la memoria del señor General Salazar, ha dispuesto S. E. el Presidente de la República que se oficie, en uno de los templos de esta

capital, una misa de *requiem*. Oportunamente tendré el honor de invitar á..... para que se sirva asistir á la expresada ceremonia.

Reitero á las seguridades de mi alta y distinguida consideración.

J. FEDERICO ELMORE.

LEGACIÓN DEL ECUADOR.

Lima, Setiembre 22 de 1891.

Señor Ministro:

En momentos en que acababa de enviar á ese Despacho mi nota de ayer, por la que ponía en conocimiento de V. E. la infausta nueva de la muerte de mi padre, el General don Francisco Javier Salazar, que era Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en esta República, tuve la honra de recibir la nota de V. E. de la misma fecha, N. 32, en la que V. E. se digna dirigirme, en sentidos conceptos, igual anuncio, y traer al mismo tiempo, generoso consuelo á mi afligido espíritu, haciéndome saber, por encargo de S. E. el señor Presidente de la República, que el Gobierno y pueblo del Perú lamentan profundamente la pérdida del Jefe titular de esta Legación, y á quien V. E., al tributarle honrosísimos elogios, le dicierne la justicia de reconocer que con acierto sostuvo y estrechó las relaciones de amistad entre ambos países; y que, en los diversos ramos de la administración, consagró su vida entera al servicio de su patria.

V. E. me recomienda comunique también á mi Gobierno, que el Perú se une al duelo que enluta á la Nación Ecuatoriana; y empeña todavía más mi agradecimiento, agregando la manifestación de su personal condolencia.

Como representante del Ecuador y como hijo amantísimo del honrado hombre público ya fenecido, siento que la noble conducta del Excmo. Gobierno del Perú en estas amargas horas de mi tribulación, me imponen solemnes deberes que desde luego acepto con religioso respeto: y ya que no encuentro palabras para expresar mi justa gratitud á S. E., el digno Jefe del Estado, á V. E. y á sus distinguidos cólegas en el Gabinete, ruego con encarecimiento á V. E. que, apreciando mi actual situación y estableciendo las deducciones que en tal caso caben en un ánimo recto, sea bondadosamente genuino intérprete de mis sentimientos, los cuales acrecen en sinceridad y en firmeza, al recuerdo de que este país es también la patria de la compañera de mi vida y la cuna de mis hijos.

Tenga además V. E. la seguridad de que, ahora y en todo tiempo, el Gobierno del Ecuador sabrá estimar como se merece, la demostración de consecuente amistad que en aciaga ocasión recibe de esta república.

Dígnese V. E. aceptar los afectos de muy distinguida consideración con que soy su muy obsecuente servidor.

JULIO H. SALAZAR.

Excmo. señor doctor don Juan F. Elmore, Ministro de Relaciones Exteriores.

LEGACION DEL ECUADOR.

Lima, Setiembre 23 de 1891.

Señor Ministro:

Por la atenta comunicación de V. E. fecha de ayer, me he enterado de que el Excmo. Gobierno del Perú deseando honrar la memoria del finado jefe de la Legación del Ecuador, General don Francisco Javier Salazar, (Q. D. D. G.) ha dispuesto

que en uno de los templos de esta capital se celebre una misa de *requiem* á la que será oficialmente invitado el H. Cuerpo Diplomático.

Me comunica así mismo V. E. que el señor Oficial Mayor de ese Despacho tiene el encargo de acordar con el Excmo. Monseñor Decano y conmigo el día y demás detalles de la ceremonia.

Reconocido una vez más á la manifiesta voluntad con que el Excmo. Gobierno de V. E. ha querido enaltecer con póstumos honores la representación pública de un funcionario del Ecuador acreditado en el Perú, puedo, al mismo tiempo, asegurar á V. E. que mi Gobierno, penetrado de la importancia de tan significativas demostraciones, las cuales llevaré en primera oportunidad á su conocimiento, sabrá debidamente estimarlas y agradecerlas.

Renuevo á V. E. las seguridades de la distinguida consideración con que tengo por honra suscribirme de V. E. muy atento servidor.

JULIO H. SALAZAR.

Al Excmo. señor Dr. D. J. Federico Elmore. Ministro de Relaciones Exteriores.

PESAME.

Lima, Octubre 17 de 1891.

Señor don Julio H. Salazar.

Presente.

Digno y estimado amigo:

Cuando el corazón es arrojado al mar sin orillas del dolor y de la tristeza, se hunde si es pequeño, y si es grande, flota!

Así vengo experimentándolo; casi náufraga en océano de rugientes olas, donde he visto caer, uno tras otro, los seres más queridos y he apurado gota á gota el acíbar elaborado por la mano de esa despiadada Muerte que pasa por el campo de la vida como el envenenado huracán, tronchando flores, arrancando esperanzas!

Qué tinieblas tan horribles sirven de teatro á la muerte!

Qué dolores tan supremos los que forman su séquito!

Si es verdad que tenemos momentos en que, cualquiera que sea la posición del cuerpo, el alma está de rodillas, también es cierto que, en la noche de duelo, la palabra de un amigo es como el rayo de luna que se lleva nuestros suspiros devolviéndonos luz y consuelos.

Con esta idea he querido dirigirme á Ud. al saber

la noticia del fallecimiento de su ilustre padre, y he tentado coordinar palabras de aliento que en vigorosa frase digan al corazón: sé grande, lucha, flota!

Pero la pluma de acero se endurece cuando hay que mojarla en lágrimas; no así la de cisne; por eso renunció á mi primer intento y me concreto á enviarle un precioso recorte de un periódico de su patria, con la firma del dulcísimo y galano cantor de "La Virgen del Sol"—Juan León Mera—para que la pluma del *poeta indiano* recuerde á Ud., mejor que la mía, los merecimientos de su llorado padre, y supla el vacío que Ud. notará en estas líneas, destinadas á decir al amigo: estoy cerca de su virtuoso hogar enlutado: comparte su duelo muy sinceramente su afectísima S. S.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

EL GENERAL SALAZAR.

Hablemos de un muerto, y hablemos de él con elogio, ya que éste se ha prohibido para los vivos.

¡Ay, de quién elogia y defiende á los que viven, por más que lo merezcan y lo esté pidiendo la justicia! Sobre él caerá la vara de sus *jueces* indefectiblemente.

Y si el vivo á quien se elogia ó defiende está por sus merecimientos en la altura del poder ó en las claras regiones á donde le han llevado la ciencia, la literatura ó las artes, ¡tanto peor! Elogio ó defensa han pasado de contravenciones á delitos, y el castigo es más recio.

Para los vivos está admitido sólo el vituperio.

Para ellos Roma no tiene fuego y agua, sino las *gemonías* de la infamia, á donde los arrastran la envidia, los celos, la maledicencia, el odio, la venganza.

A los muertos suele perdonárseles todo, y aún se les conceden cualidades y méritos que estuvieron muy lejos de poseer.

Y es tanto más fácil el perdón, y son tanto más abundantes las flores que se echan sobre el sepulcro, cuanto fué de menos valía social quien se hundió en sus tinieblas; pero si fué de esos á quienes Dios destina á que pasen por el mundo derramando luz y beneficios, la enemistad y la venganza le perseguirán hasta después de muerto.

¿Y nos llaman civilizados!.....

¿Dónde está nuestra justicia clara, recta, completa y firme para con los vivos y los muertos?

¿Cuándo amaremos la verdad cual merece ser amada? ¿Cuándo practicaremos la justicia como es preciso practicarla? ¿Cuándo depuraremos nuestro corazón de la levadura de las pasiones malignas, y cuándo vestiremos nuestra alma con las galas de las virtudes evangélicas?

Todos estos pensamientos y muchos más han bullido en mi cerebro ante el túmulo de un célebre ecuatoriano, alzado en medio de las olas políticas, tormentosas en la actualidad, y que bramaban en torno de aquel personaje, como siguen bramando en torno del otro que fué su contendor, y como ya comenzarán á rugir y azotar á quien ha sido puesto como reemplazo del ilustre difunto.

¿Cuándo dejaremos de ser esas olas tempestuosas?

Yo no soy ya una de ellas: soy desde la orilla espectador del mar alborotado, y solo, en medio de la tristeza que me infunde y del temor con que me inquieta, lanzo el conjuro de mi patriotismo alguna vez, y siempre inútilmente.

Hoy lo hago desde el sepulcro del General Salazar, más triste, más conmovido que nunca.

¡Oh! sea este venerando sepulcro la roca en que se estrellen y mueran las furiosas olas!

¡Sea la lucha electoral noble regata en piélago tranquilo, y corone la patria al vencedor!...

¡El General don Francisco Javier Salazar ya no existe! ¡Ya no nos queda de él otra cosa más que sus obras y la memoria de sus hechos!

Sus hechos y sus obras bañan de luz, de gloria su nombre de militar, de diplomático, de estadista y de literato; y ese nombre debe ser prenda querida y respetada para todos los ecuatorianos.

¿Quién se atreverá á arrojar sobre su tumba basuras y guijarro, en vez de adornarla con coronas de laurel y siempreviva? ¿Dónde está la pasión política que ayer sacudía con su ramal de víboras las espaldas del eminente patricio?

La losa que cubre los huesos de los hombres célebres, es la mesa en que traza su retrato aquella severa divinidad que llamamos Historia; no es el cartón en que Momo pinta infames caricaturas,

Y la Historia al dibujar la fisonomía del General Salazar en una de sus inmortales páginas, dirá que fué tan distinguido militar que, en su tiempo, hubo muy pocos en la América Española que pudiesen competir con él; dirá que su talento fué claro, su laboriosidad científica y literaria infatigable; que fué polígloto, de vasta instrucción y autor de libros muy estimables; dirá que, como soldado, como diplomático, como estadista, prestó á su patria, con decisión y honradez, muchos é importantes servicios; dirá que fué católico práctico, sin fanatismo; que supo sostener su dignidad personal, sin soberbia; que supo ser amigo, sin sacrificar la justicia en aras de la amistad; que supo ser generoso, sin egoismo ni hipocresía; que nunca negó los méritos ajenos y que se complacía en encomiarlos; que la injuria le halló siempre sereno, y que la calumnia rompió sus dientes al morderle, sin poder causarle daño.

Si el General Salazar deja gran vacío en su patria como militar, diplomático, hombre de estado, literato y académico, ¿cuán inmenso es el que deja en el corazón de su familia y de sus amigos!

La política ha hallado quien le sustituya como

candidato á la Presidencia de la República; la amistad no le halla reemplazo. Cada amigo tiene su lugar en el corazón del amigo, y cuando se va, arrebatado por la muerte, ese lugar queda para siempre vacío.

¡Yo fuí uno de los amigos del General Salazar!..

Hoy acabo de asistir á las exequias que se le han hecho en el templo de la Compañía de Jesús. Exequias suntuosas. El elocuente jesuita español, P. Enrique Faura, ha pronunciado la oración fúnebre y hecho cabal justicia á los méritos del ilustre finado, en presencia del Poder Ejecutivo, de la Academia Ecuatoriana, que junto con los hermanos y parientes del malogrado personaje, ha presidido el duelo, y de un inmenso concurso.

Durante la fúnebre ceremonia he pensado y sentido mucho, y luego he querido tomar la pluma para desahogar en alguna manera cabeza y corazón.

J. LEÓN MERA.

Quito, Octubre 1.º de 1891.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Lima, 22 de Setiembre de 1891.

Señor don Julio H. Salazar. Encargado de Negocios del Ecuador en el Perú.

Mi muy estimado amigo:

Con profundo dolor he sabido la inmensa desgracia que acaba Ud. de sufrir. Cuando tuve ayer el gusto de hablar con Ud., me causó viva satisfacción la noticia que Ud. me dió de que su ilustre padre el General Salazar se hallaba mejor. Así pues, grande fué mi sorpresa al recibir un cablegrama que anunciaba su fallecimiento ayer mismo.

Acabo de dirigir á Ud. una nota oficial de pésa-

me y he expresado también la condolencia del Presidente y el Gobierno peruano en un cablegrama al señor Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador.

Anticipándome á la visita personal que más tarde cumpliré el deber de hacerle, le suplico que se sirva Ud. aceptar la expresión de mi más sincera condolencia, por la irreparable pérdida que han sufrido tanto Ud. y su estimable familia, como el Ecuador y la América entera.

Créame Ud. en todo tiempo su afectísimo y verdadero amigo.

J. F. ELMORE.

A Julio H. Salazar.

Bien sé, querido amigo, que ni la pluma ni la palabra del hombre pueden llevar consuelo á un espíritu hondamente dolorido; pues frases de condolencia no son más que vanalidades estudiadas de cortesanía social.

Por eso, no diré á Usted que ahogue su dolor. Las lágrimas dignifican al hombre cuando el cariño filial las arranca. Esas lágrimas son rocío de amor sobre la siempreviva del recuerdo imperecedero que el hijo debé al padre, quien, terminada su peregrinación sobre la tierra, vive hoy la existencia infinita de otro mundo infinito.

RICARDO PALMA.

Cuenca. Octubre 7 de 1891.

Señor Don Julio H. Salazar.

Lima.

Muy distinguido amigo mío:

Yo, que tengo el corazón despedazado por el infortunio, soy indudablemente el más apto para considerar á Ud., en la terrible calamidad con que le oprime la Providencia. Y no sólo le considero, doliéndome de su desgracia, sino que, por mil razones, la reputo mía, como lo es también de esta República nuestra, que ha perdido inopinadamente al más ilustre de los hijos que en la actualidad le servían. La muerte del General Salazar es un verdadero desastre ecuatoriano, cuyas consecuencias habrán de ser deploradas por largo tiempo, si Dios no remedia de algún modo el mal que su soberana voluntad ha permitido.

Resígnese Ud., señor don Julio, con la disposición divina, y apele á los consuelos del creyente, para buscar en mundo más tranquilo y mejor al excelente Señor su padre, esclarecido patriota cuyas virtudes habrán recibido ya el premio que nunca se concede, ni siquiera en pequeño, por los ingratos de la tierra.

De Ud. muy atento amigo y S. S.

LUIS CORDERO.

A LA MEMORIA DEL GENERAL

«FRANCISCO JAVIER SALAZAR»

En los pueblos de América, como en todas las sociedades que empiezan á constituirse, los hombres que por virtud ó talento extraordinarios descuellan sobre la turba, lejos de reconocer filiación en la cultura general, son apariciones insólitas é independientes, destinadas á imprimir á la obra de sus coetáneos esos rápidos impulsos que, en el estado embrionario, mucho más se deben siempre á la enerjía y los aciertos del individuo, que á los esfuerzos colectivos, desorientados y contradictorios de la masa.

Moisés, depositario de la ley antigua, forma la conciencia religiosa de los hebreos, é imponiendo su personalidad privilegiada á la vida política, militar y civil de ese pueblo, prepara, con el advenimiento de Jesús y la promulgación del Nuevo Testamento, la universalidad del Cristianismo.

Mahoma encuentra en los desiertos de Arabia otra inspiración religiosa que la de Moisés; con ella fanatiza á los pueblos, y lanzándolos á la predicación armada, introduce en las fermentaciones sociales del Occidente el genio y la cultura del suelo africano.

El genio guerrero de Sesostris llevó el poder de la civilización egipcia á donde por sí solas no llegaran jamás sus lentas ondulaciones.

Las conquistas de Alejandro sepultaron de un golpe el mundo asiático, y proclamaron la dominación europea.

Sobre las controversias políticas, filosóficas y religiosas de los siglos precedentes, el genio militar de Napoleón se levanta removiendo los fondos de la sociedad moderna, y provocando en ella las reacciones triunfantes de la libertad, que rije sus desenvolvimientos.

San Martín y Bolívar, repercusiones americanas de esa misma libertad, realizaron la emancipación política del Continente hispano, mucho más por la superioridad y energía de sus personales dotes, que por el concurso debido al medio social en que arriesgaron sus empresas.

Cuando la muerte paraliza el brazo de alguna notabilidad de América y suspende su labor humana, dos impresiones igualmente hondas se producen; la una de perturbación por la imposibilidad de sustituir su peregrina influencia, y de dolor la otra, que sus contemporáneos perpetúan.

El general Francisco Javier Salazar, uno de los verdaderos prohombres de América en la milicia, el foro, la diplomacia y las letras, en cuyas profesiones mereció los más elevados rangos; es una de esas existencias útiles y sin reemplazo arrancadas de nuestro suelo, y perdidas para la grande y excepcional colaboración que exigen los destinos de este Continente.

El Ecuador su patria, el Perú y la América conservarán perpétuamente el recuerdo de sus virtudes y de su proficua existencia.

EMILIO GUTIÉRREZ DE QUINTANILLA.

Lima, 20 de Febrero de 1892.

Guayaquil, Setiembre 23 de 1891.

Señor don Julio H. Salazar.

Lima.

Mi querido amigo:

En medio de la consternación que ha producido en el país la inesperada y muy sentida muerte de su ilustre padre, el General don Francisco J. Salazar, llevo hacia U. pensamiento y corazón para acompañarle en esta terrible calamidad que hiere por igual á U. y á la patria.

Cualquiera que sea el criterio con que se juzgue al preclaro compatriota que acaba de desaparecer, nadie osará poner en duda sus claros talentos, su merecida nombradía en el mundo de la diplomacia, de la ciencia y las letras, ni los importantes servicios que ha prestado á la República.

Hago fervientes votos porque U. alcance á resignarse á esta inmensa tribulación, á la cual se une sinceramente su mejor y más decidido amigo S. S.

L. R. PEÑA.

Señor don Julio H. Salazar, Encargado de Negocios del Ecuador.

Presente.

Muy señor mío y amigo:

En estos momentos de duelo para la República del Ecuador y de dolor para el hijo amante, debe sentirse algún consuelo escuchando la palabra de quien, ageno por completo á los intereses de los partidos políticos de aquel hermoso país, expresa

sinceramente su profundo pesar por la muerte de un ciudadano ilustrado con quien lo ligaban estrechos vínculos literarios.

Ví siempre al General Salazar imparcial y justo, cuando las tempestades del Sur se cernieron sobre mi infortunada patria; le oí expresarse ageno á esos pequeños recelos que dominan á algunos hombres y que hacen que se separen y desconfíen dos pueblos hermanos que, por su propio interés, debieran vivir siempre estrechamente unidos. Compañero mío de Academia, y entusiasta por el progreso de las letras americanas, colaboró con empeño, no puedo olvidarlo, en la obra de la fundación de nuestro "Ateneo de Lima"; y leía yo precisamente en estos días sus cartas acerca de la lengua *quiteña*, enviándome preciosas observaciones suyas y del señor don Luís Cordero, en cambio de simples apuntes filológicos que yo le había pedido, cuando llega la noticia de su muerte.

Tales son los motivos que tengo para sentir vivamente la desaparición de su estimado padre; y al enviarle esta expresión de condolencia, ruégole que se sirva también aceptar la de mi mayor consideración y distinguido aprecio.

E. LARRABURE Y UNANUE.

Lima. 23 de Setiembre de 1891.

EL GENERAL

II. FRANCISCO JAVIER SALAZAR

La patria ecuatoriana, á la que nos ligan afectuosos vínculos, ha visto desaparecer en el océano insondable de la muerte la preciosa existencia de uno de sus mejores hijos, el benemérito general don Francisco Javier Salazar.

Consagrado desde sus primeros años á la carrera militar, que fué la de su predilección, ha legado, no sólo á su patria, sino á la América, un nombre ilustre, como gran táctico y eximio extratético. Las numerosas obras militares que ha publicado, manifiestan su vasta erudición y la originalidad de sus ideas.

Débase á su iniciativa y fecunda labor, el cambio radical en la legislación militar de su patria.

Los textos que consagró á la enseñanza han sido adoptados, con general aplauso, en varios países americanos.

El soldado científico y de escuela fué también un héroe en los campos de batalla. Así lo atestiguan la guerra civil de aquella nación y las jornadas á que concurrió en lid internacional.

La toma de Babahoyo en 1860, la de Guayaquil en dos distintas ocasiones, la célebre y sangrienta batalla de Tulcán en que se batió con 800 contra 3,000 soldados, habiendo merecido del vencedor, general, don Julio Arboleda, las más calurosas felicitaciones por su arrojo y bravura, juntamente con los respetos debidos á su condición de prisionero: la batalla de Manabí en 1864; la expedición á Loja

en 1883; la toma de Quito en unión con el general Sarasti, y la pacificación del país en aquella misma época, son hechos históricos que han enaltecido la bien adquirida reputación militar de aquel modesto y valeroso *Capitán*.

Pero si brilló en los campos de Marte, no fué menor su gloria en los de Minerva, según la profética felicitación con que el notable jurisconsulto don José Fernández Salvador, entregó la muceta de doctor en leyes al joven militar, quien, bajo los mejores auspicios, penetró al foro americano.

En la Judicatura, en la Instrucción y en la Política ha desempeñado elevados cargos, prestando á su país importantes servicios en más de medio siglo de honrosa carrera pública.

Juez del Crimen, Profesor de distintas asignaturas, Diputado y Senador en diversas ocasiones, Gobernador y Jefe Militar, Ministro de Estado, muchas veces y en diferentes ramos, literato, autor de varias obras, poeta y periodista, poseedor de varios idiomas, miembro de la Academia Científica y Literaria del Ecuador, honorario de la de Buenas Letras de Sevilla y Correspondiente de la Real Española de la Lengua; su preclara inteligencia y su notable ilustración encontraron ancho campo en las diversas esferas del saber humano. á que consagró su laboriosa actividad.

Representante de su patria ante varios gobiernos europeos, y en los últimos años, ante los del Perú y Chile, ha alcanzado en todas partes el merecido galardón de los buenos:—la estimación general y el aplauso desinteresado de los neutrales.

Obra suya es, en gran parte, el Tratado de límites últimamente celebrado entre el Perú y el Ecuador.

Con ese levantado espíritu de americanismo que tanto lo distinguía, celebró también con el que estas líneas escribe, el acuerdo diplomático vigente entre Bolivia y el Ecuador sobre libre ejercicio de las profesiones liberales.

El noble pecho del eminente estadista ostentaba altas condecoraciones extranjeras y honrosísimas medallas concedidas por los congresos de su patria.

En 1884 y 88 renunció insistentemente la candidatura presidencial que le ofrecían sus amigos políticos; pero se vió obligado á aceptarla en el presente año, agobiado por la voluntad de sus ciudadanos.

Como condición primordial de esa aceptación impuso la de la elección *verdaderamente libre*, principiando por renunciar la cartera de lo Interior y Relaciones Exteriores que á la sazón desempeñaba. Y para alejarse aún más del teatro de los sucesos, se dirijía á la histórica y galana capital de los Vi-reyes, cuando el hado fatal de la muerte derribó la colosal figura del patriota americano, en los momentos en que los grandiosos destinos de la noble nación ecuatoriana estaban vinculados á su existencia.

En las faldas del glorioso Pichincha se meció su ilustre cuna, y á orillas del pintoresco Guayas se abrió la tumba prematura, que guarda ya sus despojos.

El Cotopaxi y el Chimborazo velarán su última morada, y la historia justiciera y agradecida guardará en sus mejores páginas el nombre de aquel egregio ciudadano.

Que su noble hijo, don Julio Héctor Salazar, heredero de sus virtudes, y hoy Representante diplomático del Ecuador en el Perú, acepte la expresión sincera de nuestra íntima condolencia.

FERNANDO E. GUACHALLA.

La Paz, Octubre de 1891.

(De «El Imparcial» de La-Paz, Bolivia, Octubre 14 de 1891.)

PRENSA PERUANA

MANIFESTACIÓN DE DUELO.

La campana funeraria que acaba de resonar á orillas del Guayas y cuyo plañidero tañido ha enlutado el pabellón bendito de la patria, ha encontrado también eco dolorosísimo en el corazón de los que, aunque lejos del suelo que nos vió nacer, siempre hemos hecho nuestro tanto sus días de gloria como sus horas de infortunio.

Por eso la nueva del fallecimiento de nuestro ilustre compatriota el Excelentísimo General Don Francisco Javier Salazar, acontecimiento que en las actuales circunstancias del Ecuador hacen doblemente doloroso, nos ha llenado de profundo y patriótico pesar.

El vacío que deja la desaparición del General Salazar, en la magistratura, en el ejército, en el foro, en las letras nacionales, en el parlamento, es inmenso, aunque no es menor el que deja en el corazón de sus compatriotas de buena voluntad, el recuerdo de las preclaras virtudes que le adornan.

Fuimos admiradores del señor General Salazar; y hoy que, por desgracia, ya no existe, nos apresuramos á hacer pública nuestra manifestación de condolencia por suceso tan irreparable como doloroso. Para ello tendremos que privar á nuestras familias de parte de lo que les es indispensable para su bienestar; porque, aunque encorvados bajo el peso del trabajo, que honra al hombre y bendice Dios, no contamos con más patrimonio que la exi-

gua retribución que obtiene el sudor de nuestra frente. No importa: haremos cualquier sacrificio para llenar el noble fin que nos proponemos.

No terminaremos la presente, sin manifestar al Excmo. Gobierno de esta hospitalaria República, la nueva deuda de gratitud que hemos contraído para con él, por la parte que ha tomado en el duelo de la República del Ecuador, y por la manera con que ha honrado la memoria del egregio compatriota que hemos perdido.

Reciba también el más sentido pésame nuestro actual y digno Representante, señor Don Julio H. Salazar, hijo del ilustro finado.

Lima, Octubre 7 de 1891.

Elías Palas, Joaquín Baus, Alejandro Merizalde, José Hervan, José F. Narvaez, Gregorio Miño, Alejandro López, Ignacio Miño, Manuel Gallegos, Juan Dávalos, Esteban Ceballos, Ramón Ceballos, Federico Cobos, Rosalino Gallegos, Manuel Galarza, Víctor G. Valladares, Manuel I. Delgado, M. Nicanor Moreno, José M. Andrade, Benigno Palacios, Mariano A. Estrada B., Ramón Vallejos, Juan de la C. Moreno, Benigno Paredes, José Vásquez, Ramón Bueva, Miguel Beltrán, Sebastián Tejada, Alejandro Borbet, Lucas Arrieta, Reynaldo Luna, Miguel Pérez, Ambrosio Gonzáles, Rafael Dalgo—Tenemos la honra de firmar por uno de nuestros grandes hombres, el ilustre y digno magistrado Excmo. Señor Francisco J. Salazar, Juan Ignacio Palas, Juan Armando Palas, U. Teobaldo Palas, Pedro Luís Conrado Palas, Carlos Arnao Palas, Jorje Zabala, Ambrosio Díaz, Vicente Franco, Valentín Paz de la Vega, Manuel Carrillo, Marcos E. García, Domingo Hidalgo, Fermín Luján, Adriano Bedoya, Manuel Villa, C. Aguila Madindo, Francisco Paz, Sebastián Orellana, Adolfo Torres, Gregorio Cortez, Juan Orellana, Agustín Urbina, Ramón Muñoz, Víctor Hurtado, Manuel Ortega, León Benavidez, Antonio Cadena, Melchor Garzón y Santa Cruz, José A. Beltrán, Carlos Ban-

da, Daniel Baldires, Julio Maya, Elías Castillo, Ignacio Miranda, Manuel Ocañas, Manuel V. Duarte y Merino, Joaquín Ojeda, Cayetano Camizares, Nicolás Camizares, Juan M. Lara, Rafael Yépez, Francisco Nieto, Juan Noriega, José García.

COLONIA EN EL CALLAO.

José Domínguez, Ignacio Zambrano, Cristóval Holguín, José C. Lacaro, Carlos Pesantes, Ezequiel Peñafiel, José Manuel Flar, Ramón Villalva, Lobaldio Campo Verde, Vicente Noriega, Mateo Velásquez, Antonio Herrera, Nicanor Núñez, Miguel Feijó, José Carranza, Simón Arsola, Joaquín Granda, Anastacio Ronquillo, Gaspar Gutiérrez, Emilio Cárdenas, Patricio A. Pérez, José Manuel Mariscal, Mariano La Rosa, Federico Benalcázar, Daniel Castillo, Manuel M. Bermeo, José Moisés Zerda (á ruego de Federico Bernabá), José Proano, Marcos Marchan, Miguel Ordóñez, Santiago Ortiz, Manuel Pérez, Ignacio Fajardo, Elías Soria, Santiago Beltrán, Francisco Patiño, Pedro Balceca, Manuel López, Timoteo Arroyo, Daniel Méndez, José M. Vargas, Pablo Valdez, José M. Trujillo, Manuel Acosta, Camilo Alarcón, Daniel Legarda, José M. Franco, Camilo Arce, Casimiro Alarcón, Juan Hidalgo Abraham Páez, Pedro Pérez, José Lara, Antonio Gordillo, José León, Darío Suárez.

(De "El Comercio" del 7 de Octubre de 1891.)

HONRAS FUNEBRES.

Las del Excmo. señor General don Francisco J. Salazar, Ministro Plenipotenciario del Ecuador en el Perú, se oficiaron hoy en la Iglesia de San Francisco de Asís.

El templo, desde la entrada principal hasta el altar mayor, se hallaba completamente enlutado. En las columnas que soportan los arcos que dan entrada á los demás altares, se veían placas en las que se consignaban los diferentes puestos públicos que ha ocupado el señor Salazar y los títulos que poseía de diferentes academias y sociedades extranjeras, como escritor y literato.

Al pié del altar mayor y bajo un pórtico en cuyo frontispicio se leía el nombre del finado, se levantaba el catafalco que se le había preparado, rodeado de toda clase de trofeos en homenaje á su alta gerarquía militar, completamente enlutado, alumbrado por la opaca luz de hachones y blandones convenientemente colocados y custodiado por cuatro guardias haciendo los honores de ordenanza.

El frente de la urna, que simulaba la caja mortuoria, se hallaba cubierto con un magnífico cuadro al óleo, retrato de medio cuerpo del señor General Salazar, con el uniforme de su graduación. Al pié y á los lados se ostentaban una cruz y dos coronas grandes de escojidas flores naturales.

Se hallaban presentes en esta ceremonia el señor don Julio H. Salazar, Encargado de Negocios de-

Ecuador, un Edecán de Gobierno en representación del Jefe del Estado, el Consejo de Ministros, todo el Cuerpo Diplomático y parte del Consular, varios señores Obispos, algunos miembros de la colonia ecuatoriana y muchos particulares; notándose también numerosa concurrencia de señoras y señoritas.

La colocación de los concurrentes se verificó en el orden y distribución hechos en el programa que publicamos el Lunes, corriendo este ceremonial á cargo del Dr. Wiese, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores.

A las 9 y media principió el oficio fúnebre, servido por Monseñor Tovar, Obispo de Marcópolis, y asistido de los miembros de la comunidad franciscana.

La parte musical fué admirable, ejecutándose el Programa Invitatorio—C. Rebagliati. (Escrito expresamente y ejecutado en las honras de Alfonso XII.)

La oración fúnebre corrió á cargo de uno de los RR. Padres Descalzos, quien, en elocuente estilo y clara palabra, hizo la apología del señor General Salazar, encomiando las virtudes y cualidades personales que lo adornaban como particular y como hombre de Estado.

A las 12 y media terminó el oficio fúnebre. Fué saludado á la salida del templo el señor Salazar por todos los asistentes y acompañado hasta su casa en el coche de Gobierno por el señor Ministro de Relaciones Exteriores y por el señor Delegado Apostólico, Decano del Cuerpo Diplomático.

En las calles adyacentes hacía los honores de ordenanza una división del ejército al mando del Coronel López Saavedra, jefe del batallón "Zepita."

(De «La Opinión Nacional» del 7 de Octubre de 1891.)

GENERAL SALAZAR

El cable nos ha comunicado ayer una triste noticia: la del fallecimiento del señor General don Francisco J. Salazar, personaje de gran significación política del Ecuador, como que ha desempeñado los altos puestos de Ministro de Estado, Vicepresidente de la República, Representante á Congreso, etc.

Actualmente el señor General Salazar investía el carácter de Ministro Plenipotenciario en nuestra patria, á la que se preparaba á venir cuando le ha sorprendido la muerte.

El fatal suceso ocurrió ayer, después del medio día, en el puerto de Guayaquil, siendo la causa proveniente de tan sensible desgracia el mortífero mal de la fiebre amarilla, que es endémico en el puerto citado.

Con la muerte del General Salazar, candidato del poderoso partido conservador á la Presidencia de la República, y á quien apoyaba el actual Gobierno del señor Flores, despéjase el horizonte político del vecino país, y puede predecirse el seguro triunfo de la fracción liberal moderada que proclama la candidatura del Dr. Camilo Ponce.

Era, el señor General que acaba de fallecer, militar muy distinguido y de gran capacidad. Escritor de estilo culto y elevado, deja escritas muchas obras sobre historia, legislación, filosofía, arte militar, etc.

Con él pierde el Ecuador uno de sus hijos más preclaros que más han figurado en los últimos años.

Sintiendo profundamente la muerte acaecida, nos unimos al dolor que abrumba al digno hijo del finado, nuestro apreciado amigo el señor Julio H. Salazar, quien debe creer que tomamos buena parte en su quebranto.

(“El Diario” del 22 de Setiembre de 1891.)

Ayer no más la República del Ecuador se hacía acreedora á nuestra gratitud por la sinceridad con que se asoció al duelo que nos produjo la muerte del doctor Arturo García, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú ante los Gobiernos de Quito y La Paz, y hoy, cuando menos podíamos esperarlo, tenemos que acompañarla en el hondo pesar que debe haberle producido el fallecimiento de uno de sus hijos, más preclaros, el señor General doctor Francisco J. Salazar, que tenía la representación de su país en Lima.

El General Salazar era una de las figuras más importantes de la diplomacia, de la milicia, del foro y de las bellas artes ecuatorianas. En tan variados y difíciles campos se dejó sentir siempre la fuerza de la inteligencia del ilustre finado, que se hallaba ahora en momentos de recibir de sus conciudadanos la recompensa debida á sus grandes merecimientos, mediante la proclamación de su candidatura á la Presidencia de la República que habían hecho, en casi todas las provincias que constituyen el territorio de aquella, las personas de mayor importancia social y patriótica.

Y, á la verdad, el General Salazar era digno de ocupar tan elevado puesto; pues pocos serán los ecuatorianos que puedan exhibir á la pública contemplación una foja de servicios más larga, más limpia é importante que la de él.

No nos toca á nosotros, sin embargo, juzgar los hechos del General Salazar en relación á la política de su país: esa tarea corresponde á sus conciudadanos, quienes sin duda sabrán hacerle la debida justicia.

Como representante del Ecuador en el Perú, tuvimos la honra de conocer y tratar al General Salazar y en ese delicado y honroso puesto lo contemplamos siempre animado de los sentimientos más nobles y levantados, procurar con sincero ahinco la más franca y estrecha amistad entre los dos pueblos y trabajar afanoso por todo aquello

que pudiera contribuir á cimentar la paz y establecer sobre sólidas bases el progreso del Continente Sud-americano.

A tan noble tarea se entregó después, cuando los acontecimientos políticos lo llevaron á dirigir la Cancillería de su patria, dando fehacientes pruebas de la profundidad de sus convicciones y propósitos al tratarse de solucionar la tan antigua como debatida cuestión de límites entre el Perú y el Ecuador.

Prometiéndonos ocuparnos en otra ocasión más extensamente del finado General Salazar, cumplimos con el deber de enviar al Encargado de Negocios del Ecuador en Lima, que es á la vez hijo del ilustre finado, las manifestaciones de nuestro sincero pésame por el deplorable acontecimiento que nos ha ocupado.

(De «El Bien Público» del 22 de Setiembre de 1891.)

HONORES FUNEBRES

El Miércoles 7 del presente se efectuará en el templo de San Francisco, el servicio fúnebre ordenado por el Supremo Gobierno en memoria del General Don Francisco Javier Salazar,

La misa será oficiada por el Obispo de Marcópolis Doctor Manuel Tovar.

Asistirá el Consejo de Ministros, un Edecán de S. E., en su representación, y el Cuerpo Diplomático; formará el Ejército, pues al General Salazar se le harán honras de Ministro de Estado.

(De «El Diario» del 26 de Setiembre de 1891.)

EL GENERAL SALAZAR

Ha dejado de existir en el Ecuador uno de sus hombres más distinguidos, el general Salazar, que figuraba como candidato á la Presidencia de la República.

Al consignar esta sensible noticia, enviamos al caballero Julio Salazar y á su respetable familia la expresión más sincera de nuestro pesar.

(De «El Nacional» del 21 de Setiembre de 1891.)

PESAME.

Lo damos muy sentido á nuestro estimable amigo el señor doctor Julio Salazar, Encargado de Negocios de la República del Ecuador, por el fallecimiento de su señor padre el doctor don Francisco Javier Salazar, candidato á la presidencia de aquella República.

El señor doctor Salazar, cuyos méritos le elevaron á los primeros puestos de su país, y le conquistaron un nombre en el mundo de las letras, era representante de su Nación ante nuestro gobierno. —Próximamente daremos su biografía.

(Del «Fin del Siglo» del 28 de Setiembre de 1891.)

En momentos de crisis política, cuando se preparaba á las contiendas del sufragio, ha perdido la patria de Olmedo, á uno de sus ilustres estadistas, al que se exhibía con mejores credenciales y mayores esperanzas de éxito en honrosa solicitud del voto popular.

Hasta 1875, la biografía del señor General doctor Francisco Javier Salazar se reasumía así:

“Nació en Quito en 1825 ó 1826. Se recibió de abogado y se dedicó después á la milicia.

Hombre de claro talento y de buena instrucción, adquirida en el estudio y en los viajes, posee varios idiomas y conocimientos literarios no despreciables.

Ha escrito ó traducido del alemán algunos tratados de táctica, aplicándolos á las circunstancias del Ecuador.

Se le debe también un interesante tratado de Pedagogía.

Estos trabajos serios no le han estorbado hacer hermosos versos ni escribir artículos de amena literatura muy remarcables.

Con todo, se cree que tiene más genio para las obras de instrucción y pedagogía.”

Después, bajo la histórica administración del doctor García Moreno, desempeñó el General Salazar la cartera de la Guerra.

Ha sido miembro del Congreso ecuatoriano, Ministro de Estado, Director de la campaña victoriosa contra la Dictadura del General Veintemilla, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de su país en Lima y Santiago, etc., etc.

No siéndonos posible extendernos en la necrología del distinguido hombre público ecuatoriano, que acaba de cumplir una de las leyes inexorables impuestas á la humanidad, cerramos los breves rasgos de su vida que estamos en aptitud de transmitir á nuestro pueblo, enviando una expresión de condolencia á la República del Ecuador, á su Gobierno, á los deudos del finado, y haciendo votos porque la pérdida que reciben, en nada oscurezca el sereno horizonte que actualmente divisa su Patria

común, merced á los esfuerzos de hijos preclaros —entre los que contó al General Salazar— para lanzarla al camino llano que conduce al progreso.

(De «La Opinión Nacional» del 22 de Setiembre de 1891.)

HONORES FUNEBRES

Como anunciamos oportunamente, el próximo Miércoles se efectuará en el templo de San Francisco de Asís, un servicio fúnebre con el que el Supremo Gobierno quiere honrar la memoria del General ecuatoriano don Francisco Javier Salazar, fallecido en su patria, y que representaba á su país ante nuestro Gobierno.

Asistirá el Consejo de Ministros, un Edecán de S. E., en representación de éste, el Cuerpo Diplomático y Consular, la colonia ecuatoriana en corporación, y hará los respectivos honores una división de nuestro ejército.

La iglesia será arreglada convenientemente.

La orquesta será compuesta de más de cuarenta profesores y será dirigida por el competente y conocido maestro señor Claudio Rebagliati, autor del *Invitatorio*, escrito expresamente y ejecutado en las honras celebradas en esta capital en memoria de Alfonso XII; composición que también se ejecutará en las mencionadas honras.

Hé aquí el programa oficial:—*Invitatorio*, C. Rebagliati, (escrito expresamente para las honras de Alfonso XII); N. 1, Coro; N. 2, Solo de tenor, por el señor Castro Osete; N. 3, Coro; N. 4, Solo de bajo, por el señor Morel; N. 5, Dúo de tenor y barítono, por los señores Castro Osete y Paz, N. 6, Coro; N. 7, Coro.

Sexto Salmo, trío, "Fabiani", por los señores Alvarez del Villar, Morel y Castro Osete.—1.^a lección. Solo de tenor, "Barbieri", por el señor Lé-

vano.—2.^a lección. Solo de tenor, “Peruzzi”, por el señor Alvarez del Villar.

Misa. “Requiem, Coccia”, por el señor Lévano y Coro.—“Kyrie Tempia”, por los señores Castro Osete, Paz y Coro.—“Sequentia.”

1.—Coro, “Coccia”—2. Solo de tenor, por el señor Castro Osete, “Pessarín”.—3 Solo de barítono, por el señor Paz, “Reiz”. “Offertorio”, por el señor Morel y Coro, “Sullivan”.—“Sanctus” Coro, A. Rebagliati.—“Agnus Dei”, trío y Coro, por los señores Alvarez del Villar, Puente y Castro Osete, “Rossi”.—“Marcha fúnebre,” Mendellsohn.

(De «El Comercio» del 3 de Octubre de 1891.)

EL EXCMO. SEÑOR GENERAL SALAZAR.

Leemos en “La Nación” de Guayaquil correspondiente al 22 de Setiembre último:

“Esta mañana á las 8 la casa en que falleció el señor General doctor Francisco J. Salazar, fué materialmente invadida por un numerosísimo concurso, compuesto en su mayor parte de personas las más distinguidas de nuestra sociedad.

Conspicuos miembros de todos los partidos políticos, se veían allí reunidos, descubiertos reverentemente ante el féretro del hombre ilustre, del ecuatoriano distinguido, ya que no todos ante el de uno de los candidatos á la Presidencia de la República, con probabilidades de triunfo.

A las 9 a. m. salió el féretro en brazos de Jefes del Ejército, y arrastraban el duelo el señor Gobernador de la provincia y los numerosos deudos del finado.

Los honores que prescribe el Código Militar fueron hechos por dos batallones formados en cuadro en la Plaza de Rocafuerte, en que está el templo de

San Francisco, donde se conducía el cadáver, con toda la regularidad de que es capaz tropa disciplinada y veterana.

El cortejo hizo alto al llegar á la puerta de la Iglesia, lugar en donde se colocó la caja mortuoria para que se le rezara un responso, ya que el hecho de haber muerto el señor General de fiebre amarilla, enfermedad contagiosa y terrible, no permitía que se hiciera las brillantes exequias que se le tenían preparadas y que se verificarán mañana.

En seguida fué colocado su féretro en una lujosísima carroza, que condujo á la morada última los restos del justamente sentido señor General Salazar, convoyada de veinte carros urbanos que conducían á los numerosos acompañantes, y de toda la guarnición de la plaza, que, á compás de cadenciosa y triste marcha, cumplía sagrado deber para con su distinguido y ameritado jefe.

La marcha continuó sin interrupción hasta nuestro Cementerio, en donde se hallaba abierta la tumba que debía encerrar en su seno las reliquias de un ecuatoriano esclarecido.

¡Sic transit Gloria mundi!

La tropa hizo, al depositarse el féretro en la tumba, las descargas de ordenanza y desfiló á sus respectivos cuarteles.

El duelo se despidió al regreso del cortejo en la Plaza de Rocafuerte.

Deploramos una vez más, acontecimiento tan inesperado cuanto luctuoso, y reiteramos á la esposa y á los numerosos deudos la expresión de nuestra más sincera condolencia.

EL SEÑOR GENERAL

«FRANCISCO J. SALAZAR»

¡La república del Ecuador visté hoy de duelo!

El cable, con laconismo terrible, ha transmitido la infausta nueva del fallecimiento del esclarecido General, con cuyo respetable nombre encabezamos estas líneas.

La mano helada de la muerte al hundir para siempre en la negra noche del sepulcro existencia tan querida como necesaria, ha marcado una hora de suprema angustia para la patria, de dolor profundo para quienes aquilataron las preclaras prendas de esa alma levantada que acaba de volar á las serenas regiones de la inmortalidad.

Ayer no más, animados de las más patrióticas esperanzas, del cariño más leal y desinteresado, nos dedicamos á esbozar en las columnas de este mismo diario, la importante vida pública del notable capitán, del distinguido estadista, del probo jurisconsulto, del hábil diplomático, del galano escritor, cuya pérdida lamentamos.—¡Hoy la mano temblorosa apenas puede sostener la pluma!

¿Ni qué podíamos trazar con ella que pudiera ser digno de figurar como el postrer homenaje á esa memoria querida? Nada.

El dolor supremo sólo tiene un lenguaje: el de las lágrimas.— Con ellas y nuestro constante recuerdo, pagaremos en parte la deuda inmensa de gratitud y de cariño que habíamos contraído para con el compatriota ilustre que ha desaparecido de la escena de la vida, que ha bajado á la tumba, bendecido por la inmensa mayoría de una nación, por cuyo engrandecimiento tanto trabajó.

Dios, que en sus inescrutables designios hizo ilusorias las risueñas esperanzas de nuestra patria, poniendo fin á los días del ilustre General Salazar, habrá recibido misericordiosamente en su seno, el alma privilegiada que le animara.

Católico de fe sincera, su muerte ha sido, sin duda, como fué su vida, á la sombra sacrosanta de la cruz.

Sirva esta seguridad de consuelo á los que hoy gimen anonadados bajo el peso del dolor horrible que les ha dejado la eterna separación de un sér tan querido. Nosotros participamos en mucho de su sufrimiento y hacemos ardientes votos por el descanso eterno de quien en vida tantas pruebas nos dió de leal afecto.

¡Descanse en paz!

(«La Opinión Nacional» del 13 de Diciembre de 1891.)



RECTIFICACIONES HISTÓRICAS.

En la biografía del General Salazar, recientemente fallecido en Guayaquil, escrita en París por el notable literato Jean Lemaitre y traducida al castellano por el escritor ecuatoriano S. D., encontramos algunos errores que tal vez sean de caja, pero, al reproducirla, no nos hemos dado la libertad de la corrección por respetar la palabra del autor.

Dice, por ejemplo, que el General Salazar nació en 1826, en lugar de 1825; que el Dr. D. José María Salazar fué Ministro de la Corte Superior, en vez de Suprema, y el apellido del sabio maestro Dr. D. José Fernández Salvador está cambiado por Salazar.

Como los datos consignados en esta "Corona Fúnebre" han de servir para la Historia, cumplimos con el deber de apuntar las rectificaciones que dejamos hechas.

J. A. R.

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA POR EL

R. P. Fr. Miguel María Ramírez, el 7 de Octubre de 1891

EN LOS FUNERALES DEL EXCMO. GRAL.

Don FRANCISCO J. Salazar

EN EL TEMPLO DE SAN FRANCISCO

«Memoria ejus non recedit, et nomen
ejus requiretur a generatione in gene-
rationem.—*Ecclesi, cap. 39, 13.*»

Excmo. Señor: Ilmos. Señores (1)—Señores:

Ministro de Jesucristo, encargado de anunciar la penitencia y la aproximación del reino de Dios, es ésta la primera vez que tengo el honor de dirigiros la palabra al borde de una tumba abierta, poco há, por la implacable mano de la muerte.—Hoy, como siempre, ese fantasma aterrador ha venido con su frío aliento á marchitar bellas y halagüeñas esperanzas, convirtiendo en días de duelo, de tristeza y llanto, días de ventura, paz y prosperidad que el porvenir hacía entrever para la República del Ecuador. Hoy como siempre, mensajera del Dios de las eternidades, ha cortado el hilo de una preciosa existencia y ocultado en la negra noche del sepulcro, el cadáver de un benemérito ciudadano, de un militar va-

(1) El señor Delegado, los Obispos de Trujillo, Chachapoyas, Guayaquil y Marcópolis.

liente y esforzado, de un hábil político, de un literato de aventajadas dotes, de un fervoroso cristiano. Hoy la muerte cuenta en el número de sus víctimas al Excmo. señor General don Francisco Javier Salazar: una esposa, los hijos, los amigos, el ejército, las letras, la patria, lloran y se visten de luto; porque el esposo, el padre, el amigo, el general, el ciudadano, el literato, ha abandonado la tierra, legando sus mortales despojos al silencio pavoroso de las tumbas. ¡Muerte cruel !...; así siembras de abrojos nuestro camino! ;de un solo golpe rompes para siempre vínculos y lazos tan estrechos! arrancas lágrimas de los ojos, sepultas en el insondable abismo del dolor el corazón de los que quedamos luchando todavía entre las embravecidas olas del océano de la vida. Agrupados hoy ante esa nada á que la muerte reduce la terrenal grandeza, contemplando esas ruinas, esos miserables despojos, en que queda convertido el sér inteligente y noble que ayer no más se agitaba á impulsos de extraordinaria energía, y esa árida ceniza ante la que se estrellan los quiméricos ensueños de la vida, como los embates del turbulento mar en la movediza arena de las playas, es cuando comprendemos cuán pequeños y miserables somos; Alejandro, César, Aníbal, Napoleón, grandes, con la grandeza insólita del genio, asombraron al mundo con sus portentosos hechos; pero... después...., ¿qué nos quedó de ellos? Ah! Señores, sólo un puñado infecto de polvo.

A la vista de este sombrío espectáculo, que así abate nuestra soberbia, el atribulado espíritu no tiene más que un pensamiento, que enluta el corazón y arranca doloroso gemido de nuestros labios: ¡la nada! La nada que confunde la inteligencia, que marchita y disipa las dulces ilusiones de la vida y que nos señala el término fatal de nuestra jornada. Porque ¿qué es el hombre?... una flor que nace, crece y arranca la muerte... ¿qué son todas las grandezas humanas?... hojas, colores, aroma, perfume, llevadas de acá para allá por el viento de las

pasiones y que al fin van á perderse en la inmensidad del espacio. Ah! Señores, la suerte del hombre es bien triste! Nace, vive, muere, es sepultado, y ¿después? cadáver, huesos, polvo, nada, ¡Tal es su historia! *Pulvis, cinis, flatus, nihil*.....

Sí, señores, la muerte acaba con todo; la muertepero ¿qué estoy diciendo? Perdonadme, si en presencia de ese espectro que se complace en llenar de amargura nuestra vida, y que hoy ha llevado el luto y el llanto á un hogar, que ha sumido en la tristeza á tantos amigos y burlado las esperanzas de una nación, mi espíritu embargado por un repentino dolor, no ha tenido otro pensamiento, ni mis labios han podido pronunciar otra palabra que esa; nada! con que siempre nos amenaza la muerte. Me he equivocado, señores. La muerte no acaba con todo, nó. Venida al mundo para castigar la soberbia del hombre, ella fué vencida y muerta á su vez por el Dios Hombre que murió en la cruz, y desde entonces el sér humano regenerado que abandona la tierra, no muere, sino que duerme, según la bellísima y sublime expresión de nuestros libros sagrados. El cristiano que abandona este mundo, duerme entre los hombres, pero va á despertar entre los ángeles, su alma vuela á descansar en el seno de Dios que la sacó de la nada, abandona esta región tenebrosa; pero es para habitar en la mansión iluminada por una luz celestial y divina.

¿Qué ha hecho, pues, la muerte al arrebatarse del mundo al Excmo. señor General Salazar? ¿qué? Es cierto que ella ha arrojado su cuerpo á una sepultura; pero será, como lo esperamos de la bondad de Dios, para restituirlo un día, glorioso, impasible, inmortal; pero entre tanto su alma vive: vive para el Dios que la crió, y la muerte, por mucho que sea su poder, tampoco podrá destruir esa otra vida que goza en el corazón de sus amigos.

El paso del hombre por el mundo no es como el de un meteoro que luce y desaparece por completo; ni como la estela del navío que surca las aguas

y un momento después no queda ninguna huella: nó, el hombre pasa; pero en pos de sí deja sus obras, sus hechos, sus virtudes, su espíritu que sobreviven á la destrucción de su cuerpo. El ilustre general ecuatoriano, cuya muerte hoy deploramos, ha pasado; pero al pasar ha dejado ese algo que deja todo hombre que descuella en una época, en una nación y sobre el que se eleva después un juicio severo que le condena bien al olvido, al desprecio, ó bien una sentencia favorable que le corona de gloria, le atrae el respeto y veneración de sus semejantes y le transforma en timbre de gloria para la nación que le mira como á su hijo.

De ese algo que ha dejado el Excmo. General Francisco J. Salazar es del que vengo á hablaros en estos momentos.

II

Hechura de un Dios cuyo atributo es la grandeza, lleva el hombre en sí mismo el sello y el carácter de las manos omnipotentes que lo formaron. Hijo de Dios, alentado con esa voz celestial que antes de sonar en Judea resonó en el fondo del corazón del primer hombre: "Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto"; siente una fuerza interior que le impele á caminar siempre adelante, á buscar en todo, lo bello, lo sublime, lo perfecto; pequeño como és, quiere ensancharse, dilatarse, elevarse; en una palabra, el hombre aspira, desea y trabaja por hacerse grande; y nada más digno, más noble que esa aspiración á lo grande, que demuestra claramente la nobleza de su origen y la sublimidad de sus futuros destinos. Pero, ¿á dónde encontraremos, señores, la verdadera y legítima grandeza, propia de esa criatura que reconoce á todo un Dios por padre?.. ¿En los campos de batalla, donde el genio del soldado alcanza una corona empapada en la sangre de sus semejantes? ¿en la aureola que ennoblece la frente del sabio,

del filósofo?...¿entre los resplandores del trono ó el brillo de las riquezas?...¿en los vastos proyectos, en los planes complicados que llenan la mente del hombre de Estado?...Nó, señores; porque en el pecho del héroe, coronado por la victoria, puede ocultarse un corazón tan criminal como el de aquel emperador romano que cantaba un trozo de la *Ilíada* entre los gritos y alaridos de las víctimas y al resplandor de las voraces llamas que destruían una parte de la ciudad de Roma; y el político que juega con la suerte de las naciones y el sabio que ofrece la ciencia, pueden ocultar en el fondo de su alma sentimientos tan criminales como los de aquel espartano que dijo: "á los niños se engaña con juguetes: á los hombres, con perjuros." ¿Dónde pues la encontraremos? ¿dónde?... En ese santuario oculto del que brotan aquellos sentimientos nobles, generosos, que levantan y ennoblecen las acciones, engrandecen al hombre que las practica y que nos hacen admirar más al hijo de Filipo, perdonando á los vencidos y consolando á la familia de su enemigo, que venciendo en Granico, en Iso y en Arbela: en el corazón, de donde el Hijo de Dios decía: que nace lo que degrada y envilece al hombre y lo que le eleva y engradece. Sí, en el corazón es donde debemos estudiar al hombre, porque allí se realizan los fenómenos de esa vida íntima que es la que constituye todo el valor del hombre; allí donde todos pronunciamos esa palabra interior, que bien nos eleva á la grandeza ó bien nos sumerge en el fango; porque, como bellamente lo dijo el célebre P. Lacordaire:" Hay quien lleva manto de púrpura, y no es más que un miserable, porque la palabra que se dice á sí mismo es la palabra de un miserable, y hay quien pasa por la calle descalzo, cubierto de harapos y es un grande hombre, porque la palabra que se dice á sí mismo es la palabra de un héroe ó de un santo." Por esto, señores, al hacer hoy el elogio fúnebre del que fué general Francisco J. Salazar, no espereis de mí que os lo

presente como capitán insigne en el estruendo y fragor del combate, arrancando la victoria de manos de sus enemigos y llevando en triunfo el laurel de la victoria; no al ministro de Estado, que con tino admirable y seguro da solución á los arduos problemas de la política; no al literato que escribe páginas llenas de poesía y de belleza; no al magistrado íntegro que sólo se inspira en la idea de la justicia, nó; mis labios no se abrirán sino para hablar del hombre grande por la grandeza de los sentimientos de su corazón. De gloriosos hechos está llena la existencia del General ilustre; pero su mayor grandeza, su mayor gloria está en el corazón que los inspiró. El corazón es el hombre: grande, si el corazón es grande: pequeño, cuando un corazón es pequeño.

No he tenido, es verdad, el alto honor de conocer y tratar personalmente al ilustre hijo del Ecuador que tan bien supo manejar la espada del guerrero, como la pluma del literato y la lira del poeta; no he podido leer en su semblante, en el acento de su voz, en la natural expresión de la amistad, el carácter de su alma; pero, ¿qué importa esto, señores?... una sola frase nos revela muchas veces al hombre. En el que llora por que ya no tiene otros pueblos que conquistar ¿quién no reconoce el genio ambicioso del vencedor de Darío? y en el *No temas que llevas á César*, dirigido á un barquero ¿quién no reconoce al vencedor de Pompeyo y Marco Antonio? No de otra suerte, recogiendo lo poco que ha llegado á mis manos, del ilustre general Salazar, me esforzaré en daros á saber, en ligero bosquejo, las bellas cualidades que Dios depositó en su alma.

La antigua y noble ciudad de Quito fué la cuna del eminente ciudadano que con sus relevantes hechos y gloriosas hazañas debía honrar su patria y ser un timbre de gloria para la República del Ecuador. El Dr. D. José María Salazar, jurisconsulto eminente y la distinguida Sra. Dolores Arboleda fueron sus padres, habiendo venido al mundo el año de 1824.

En sus primeros años su corazón infantil se abrió como abren en la mañana su cáliz las flores, para recibir la suave y bienhechora influencia de ese amor que santifica, purifica y hace germinar en el corazón las virtudes y los nobles sentimientos que distinguen á los grandes hombres. Oíd, señores, cómo él habla de ese amor que todos sentimos, por que todos hemos tenido madre: "También acá en la tierra (escribe él) hay un ángel que se halla en todas partes, así en las selvas en que se embosca el gerrero salvaje, como en las ciudades opulentas en que mora el hombre civilizado..... ese ángel es la madre, nombre dulce y sagrado que quiere decir tanto como existencia que se multiplica, luz que encamina, piedad que salva, consuelo que conforta, amor que, á un tiempo, todo lo subyuga y á todo se resigna. Reyna, se despoja de la corona en la agonía del hijo y gime arrodillada delante de su cuna: esclava, se hace reyna cuando el niño nacido de sus entrañas recobra su salud y salta de gozo." Quien así escribe, quien así comprende el amor de madre, "tipo del amor más desinteresado y puro, de la abnegación más absoluta y del sacrificio más continuado y heroico"; ese hombre tiene un corazón noble; porque, como ha dicho alguno de vosotros, "no puede ser malvado el hombre que ama á su madre" y no puede dejar de amarla quien sabe que "el hombre que no ama á sus padres, pasa por las regiones de la existencia como un siniestro meteoro que brilla y se deshace, y que el que derrama en el corazón de los que le dieron el sér el amargo jugo de la inobediencia ó la ingratitude, atrae sobre su cabeza el rayo de la cólera divina."

El hogar en que crecía el joven Salazar, no cabe duda, señores, que debía estar impregnado de esa atmósfera pura y apacible en que el alma del niño no aspira sino el suave y delicioso perfume de las virtudes, que después se manifiestan en el hombre y le atraen el respeto y veneración de sus semejantes: un hogar en el que las sublimes ense-

ñanzas de la fe y de la moral cristiana se depositan en el corazón en preguntas y frases de encantadora sencillez, entre las caricias y la dulce sonrisa de un padre, de una madre en momentos y circunstancias que más tarde el hombre no puede recordarlas sin emoción; un hogar semejante, señores, es el taller en que se forman los grandes hombres que honran la patria; porque el fuego que en él arde, es el fuego del amor, y quien dice amor dice sacrificio, y el sacrificio hace á los héroes, hace á los mártires. Bien recordareis, señores, la historia de aquel romano que combatía contra su patria, ciego á todo otro sentimiento que no fuera el de la venganza; no pudo sin embargo resistir á la súplica de una madre, sus palabras hicieron recobrar al amor su imperio, y el amor llamó al sacrificio y el sacrificio hizo al mártir: "Roma se salvará, dijo; pero tu hijo perecerá" y Coriolano que vino á destruir Roma, murió por salvar su patria. Que extraño, pues, que el ilustre ecuatoriano en semejante escuela se mostrara después digno en todas sus acciones y que en su persona podamos admirar al patricio que lucha por la libertad de su patria, al político constante y firme en sus principios, al magistrado íntegro, al soldado valiente que se cubrió de gloria en los campos de batalla... Pero sigamos.

Hay una época en la vida del hombre que es siempre peligrosa y temible por sus consecuencias: la época en la que los desengaños y la ingratitude de los hombres levantan horribles tempestades en el alma, en esa época los corazones pequeños sucumben, y sin fe, sin esperanza, sin amor van de acá para allá como los restos de una nave que se estrella contra la roca: los corazones grandes combaten, luchan y vencen. Esa época llegó para el joven Salazar, y ¿dónde pensais, señores, que halló la fuerza necesaria para salir victorioso en esa lucha en la que son tantos los que sucumben? . . . ¿dónde? donde la encuentran las almas nobles, en

la inocencia, en la sencillez, en el amor que nos habla por la boca de un sér querido. Salazar la encontró en una niña de catorce años que era su hermana. Permitid, señores, usar sus mismas palabras refiriendo este incidente de su vida; ellas nos manifiestan la sensibilidad esquisita que tan bien supo sentir el amor: "No pocas veces, dice él, bajo un verde limonero de nuestra huerta la manifestaba el estado tempestuoso de mi alma y la refería las secretas causas que amargaban mi existencia. Ella me escuchaba con interés profundo, sus hermosos ojos se anublaban con las sombras de la melancolía y luego se inundaban de lágrimas que, resbalando por sus mejillas, caían sobre mi frente como partículas de fuego. Recogiendo después todas sus fuerzas procuraba serenarse, y entreabriendo los labios con dulce sonrisa me consolaba con palabras llenas de prudencia y amor; reprobaba el extravío de algunas de mis ideas, con cierta suave energía que subyugaba sin ofender, y me daba consejos admirables en una niña de catorce años." Dichoso el hombre, señores, que en la edad de los desengaños y en medio de las tempestades del alma sabe comprender el lenguaje de la inocencia y de la sencillez que nos habla por medio de un ángel, llamado madre, hermana, hija, esposa, como queráis.

El corazón de Salazar, abierto á las dulces y bienechoras influencias del amor á la familia, naturalmente debía estar abierto á ese otro amor que arrancó lágrimas á los ojos del Hijo de Dios Humanado: el amor á su patria hasta el sacrificio, dispuesto mil veces á derramar su sangre y sacrificar su vida en aras de la prosperidad y adelantamiento de la que con justicia llamamos también con el dulce nombre de madre. ¿Qué otro, sino este, fué el objeto que lo obligó á empuñar las armas exponiendo más de una vez su vida en los combates? Como Diputado, como Senador, como Comandante General de Quito y de Guayaquil,

en el sillón ministerial como Ministro Plenipotenciario cerca de varias naciones de Europa, como escritor, la gloria y el adelantamiento de su patria fueron siempre los móviles de su conducta. Su amor á la patria fué el que le hizo abrazar desde muy joven la noble profesión de las armas, y colocado en el último escalón de la milicia, supo elevarse hasta el primero, por su lealtad, su valor en los combates, por su buen comportamiento en el cuartel; y por esto, señores, el que supo manejar bien el rifle del soldado, natural era que también supiera manejar el bastón y la espada del general, y lo que es más admirable y honra en alto grado al héroe de la restauración es que, como aquel poeta español que descansaba de los trabajos y fatigas del combate cubierto aún con el polvo del campo de batalla, escribiendo versos que formaron un poema, la Araucana; así nuestro general enrolado en las filas del Ejército, en el tiempo que le dejaba libre el cumplimiento del deber, dejaba el rifle del soldado y tomaba los libros del estudiante y sentado en los bancos del Colegio llenó su inteligencia de aquellos conocimientos que le ganaron, siendo sargento mayor, la graduación de Doctor en Jurisprudencia. Digno ciudadano que bien merecía tener un puesto entre los hombres de los tiempos gloriosos de Esparta y de Roma.

En un corazón de tan nobles como generosos sentimientos, como el que venimos estudiando, no podía faltar el sentimiento y el amor á ese dón inestimable que Dios ha hecho á los hombres, el sentimiento y amor á la Libertad; y al decir libertad, mis labios han pronunciado una palabra que halla eco en todos los corazones y ejerce en ellos un mágico poder; y si no me equivoco, señores, el benemérito General ecuatoriano amaba la verdadera y legítima libertad! La libertad que es un dón de Dios, dón que le dió al hombre y á los pueblos; la libertad que es hija de la verdad y que ha germinado siempre á la sombra del árbol que

fué bañado con la sangre de un Dios en la cima del Calvario; la libertad que ejerce su acción en las dilatadas é inmensas regiones del bien y de la virtud; la libertad que reconoce sus derechos; pero que no olvida sus deberes y que da mérito á nuestras acciones; la libertad que condena al desprecio y á la execración general á un Nerón y coloca en hermoso pedestal al héroe de la caridad cristiana, Vicente de Paul; la libertad que se somete gustosa á la ley y establece el orden y la armonía en las naciones y las hace caminar de frente por las sendas de la civilización y del progreso; la libertad, en una palabra, que sabe obedecer á Dios y á los hombres que mandan en nombre de Dios y que, cuando se ofrece la ocasión, con generosa intrepidez sabe decir con los pobres pescadores de Galilea: Juzgad y ved, si es más justo obedecer á Dios que á los hombres, y cuando la ley manda morir delante del enemigo antes que abandonar el puesto, sabe morir como el héroe espartano y legar á la posteridad este glorioso recuerdo: "Pasajero, vé á decir á Esparta que aquí hemos muerto por cumplir sus santas leyes." La libertad, en fin, que es la esclavitud del deber.

Señores. una palabra más y concluyo.

Quien así ama á la familia, á la patria, á la libertad ¿podía dejar de amar y honrar á su Dios? Nó, señores; el ilustre ecuatoriano adoraba á su Dios y amaba de corazón su religión; ó mejor dicho porque honraba á Dios y amaba su religión, supo cumplir con los deberes que tenía con sus semejantes; y el que en los campos de batalla se mostraba como un león, sabía también humillarse en la presencia de Dios dirigiendo á él humilde y ferviente plegaria; sabía orar, porque "á su modo de ver no hay sobre la tierra espectáculo más interesante, conmovedor y sublime como el del hombre en oración." (El Hombre de las Ruinas.) Y con mucha razón, señores. Porque ¿qué es orar...? Orar es modular acentos que, partiendo de lo íntimo del alma. suben y se

elevan hasta llegar á los oídos de Dios, y como Dios es tan bueno y está atento á las súplicas que se elevan de la tierra, oye la voz de su criatura y responde á su vez con palabras que el alma sabe muy bien comprender, y caen en el corazón como caen las gotas de rocío en el cáliz abierto de las flores, como caen las gotas de lluvia en una tierra sedienta, como caen en el corazón del desgraciado las palabras de consuelo, como las palabras de amor y ternura que pronuncian los labios de una madre. Orar es levantarse sobre la tierra y sobre todo lo que está debajo del cielo; es subir sobre el mismo cielo, hasta llegar al pie del trono del Señor de los cielos, y allí decirle: Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre... Nosotros tus hijos que estamos en la tierra venimos á pedirte nos des el pan nuestro de cada día y perdones nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. ¡Oh, qué bello y qué sublime es el orar!... "Dichoso el hombre lleno de fe que en humilde y ferviente oración sabe derramar su corazón en la presencia de Dios!"

Más aun, señores, el ilustre general ecuatoriano no sólo sabía orar. Dotada su alma de nobles sentimientos tenía aquella rara y noble virtud propia de las almas magnánimas: la humildad; la humildad que es el fruto de la ciencia y conocimiento que el hombre tiene de sí mismo, del *nosce te ipsum* de la antigua filosofía, y del conocimiento que tiene al mismo tiempo de la grandeza y santidad del Dios á quien adora. Este doble conocimiento que el General tenía de Dios y de sí mismo, le llevaba á los pies del ministro de Jesucristo para decir con aquel Rey, que era hombre y que como hombre pecó: *Peccavi*: Señor, he pecado; es decir que el General ecuatoriano se confesaba y se confesaba á menudo. Y no os estrañe, señores, que cuente en el número de las acciones que honran y enaltecen, lo que hoy, para muchos, es una acción de que se avergüenzan; y tienen razón, son almas pequeñas

que no saben que la confesión honra y enaltece al hombre; porque ¿qué es la confesión sino una elocuente protesta del hombre que ama de corazón la virtud y el bien contra su propia debilidad y miseria? El hombre que peca es un sér débil que anda, tropieza y cae; el hombre que se confiesa es un ángel caído que recobra sus alas y remonta su vuelo al cielo, purificado por las lágrimas del arrepentimiento y regenerado por las palabras del Sacerdote.

Por esto mismo no os estrañe, señores, que el General que llevaba gloriosas condecoraciones y ostentaba en su pecho medallas de oro, llevara también ;qué escándalo! la pobre cinta y la humilde medalla de algunas congregaciones piadosas, y el que tenía inscrito su nombre en la "Academia Española" como miembro correspondiente; en la "Sociedad de buenas letras" de Sevilla, como socio honorario, y en el Ateneo de Lima, como socio activo, tenía también inscrito su nombre en la Congregación piadosa de los Sagrados Corazones.

Hombre de estos principios y católico por convicción, tenía la humildad de la fe y la magnanimidad necesaria para despreciar las burlas del mundo, y vencer el formidable enemigo del respeto humano que vence á las almas pequeñas.

Inútil me parece, señores, el decir que sus últimos momentos fueron cual convenía á un cristiano y á un sincero católico. Viajero del tiempo, no teniendo aquí, como decía el Apóstol de las gentes; ciudad permanente, cuando llegó la hora en que había de salvar los linderos que separan el tiempo de la eternidad, procuró purificar su alma con la recepción de los últimos sacramentos de las manchas que contrae la humana fragilidad en un mundo enemigo de Jesucristo: debiendo de presentarse ante el Dios de la pureza y de la santidad, no era posible que cuando viniera la muerte le encontrara envuelto con el vestido del pecado y de la culpa que precipita al culpable en el abismo, sino con la estola de la ino-

cencia recuperada por el dolor y el arrepentimiento y que abre las puertas del cielo al pecador arrepentido, como la inocencia las abre al justo que no ha pecado.

Que Dios haya oído nuestras plegarias, y que en mérito del incruento sacrificio que el sacerdote ha ofrecido por él, su alma goce del premio de los justos. Que su alma goce de la luz eterna y descansa en paz. *Requiescat in pace.* Amen.

CIPRESES

IN MEMORIAM

AL GENERAL DON FRANCISCO J. SALAZAR.

Si fuimos de contrarias opiniones,
y del mundo moral en la porfía
no seguimos igual filosofía,
por fuerza de encontradas convicciones;

tu nombre, tu carácter, tus acciones,
pueden ser dignos de la lira mía,
porque al cantar tu histórica valía
honro á un hermano de las tres naciones.

Si al político en tí yo he combatido,
¿por qué no confesar tu inteligencia
y tus nobles virtudes de guerrero?

La intransigente lucha de partido
se extingue cuando mira en su presencia
la tumba de un ilustre caballero!

A. P. ECHEVERRIA.

SR. D. JULIO H. SALAZAR. (1)

Presente.

Muy distinguido amigo:

Hondamente impresionado por la terrible desgracia que acaba U. de soportar, perdiendo para siempre á su señor padre, el benemérito General don Francisco J. Salazar, me siento impelido á dirigir á U. estas líneas que le transmitirán la expresión de mi sincera condolencia.

Admirador como soy de los hombres superiores, no he podido menos que serlo también del ilustre General, cuya deplorable muerte priva al Ecuador de uno de sus mejores hijos, y á la América de una de sus justas celebridades.

El hombre que, como soldado defendió é hizo triunfar la causa de la libertad, que como juez dejó en sus sentencias modelos de justicia, que como escritor alcanzó merecido renombre en el mundo literario, que como político supo mantener el justo equilibrio de los intereses internos de su patria y la armonía no interrumpida de las relaciones internacionales, el hombre que, por decirlo de una vez, fué en el hogar buen hijo y virtuoso padre, y más allá del hogar excelente ciudadano, distinguido estadista y notable diplomático, deja en pos de sí regueros de luz para esclarecer el sendero de las generaciones que le siguen, y por consiguiente, su

(1) Sentimos haber recibido con retardo el original de la carta en que el Dr. D. F. Gerardo Chaves, Ex-Ministro de Estado en la Cartera de Justicia y actual Ministro Enviado del Perú en Bolivia, se ha servido enaltecer la memoria del General Salazar, y por esta causa, nos vemos obligados á darle distinta colocación en el orden que habíamos dado á los trabajos.

memoria no puede quedar encerrada dentro de los estrechos límites de la tumba; antes bien, tiene que trascender á la posteridad.

No se me oculta que los conceptos precedentes acentuarán más, si ello es posible, la amargura de U; pero, ¡valor, amigo mío! los hijos de los grandes hombres tienen la doble herencia de la gloria y del pesar, y cuanto mayor y más pura es aquella, éste es más intenso y más profundo.

U., por otra parte, no debe continuar sumido en las angustias de su terrible desventura. Dejemos que la Patria llore agradecida sobre el mármol funerario del prócer, y U., de pie, querido Julio, á continuar la obra del progenitor.

Imitar sus modelos, seguir sus ejemplos, ser grande en el infortunio y humilde en la bienandanza, redimir á la Patria y levantarla á la altura de todas las prosperidades; hé allí el testamento del General, en cuya última cláusula aparece U. designado como ejecutor de su postrera voluntad.

A la obra, pues, que dos millones de compatriotas aguardan la colaboración de U., en más alta escala de aquella en que hasta aquí ha figurado con honra para el Ecuador y para su nombre.

Y quiera el cielo que un día se diga del hijo, por plumas de elevado rango, lo que hoy apenas ha podido bosquejar la de su modesto amigo y S. S.

F. GERARDO CHAVES.

Lima, Octubre 4 de 1891.

FRENTE AL RETRATO

DEL ILUSTRE GENERAL

FRANCISCO J. SALAZAR.

Esa imagen augusta que contemplo
Con pena horrenda que mi pecho enerva,
Es la tuya, de Marte y de Minerva
Hijo preclaro, de virtud ejemplo.

Esa es tu faz, aquesa tu mirada,
Ese el brazo de esfuerzo sobrehumano
Que prez tan alta al mundo Americano
Dió con la pluma y la fulmínea espada.

Los años pasarán, mas su carrera
No logrará jamás de nuestra historia
Borrar tu nombre ni eclipsar la gloria
De tus hazañas, adalid, siquiera.

Tu recuerdo está escrito eternamente
Entre la lumbre de arrebol hermoso,
En las selvas del Guayas caudaloso
Y del Pichincha en la nevada frente.

Los dos colosos con afán profundo
Conservarán tu nombre venerado
Junto al de Sucre el héroe inmaculado,
Y al de Bolívar salvador de un mundo.

Nunca la noche del olvido oscura
Te ha de cubrir tranquila y silenciosa,
Que el almo sol de gloria esplenderosa
Por siempre alumbrará tu sepultura.

De mi afecto hacia tí fuiste testigo
Mientras honraste al mundanal desierto,
Hoy—te lo juro—hoy que yases muerto,
Insigne capitán soy más tu amigo.

S. DARQUEA.

Marzo 29 de 1892.

EN LA TUMBA

DEL SEÑOR GENERAL

D. FRANCISCO J. SALAZAR

Ora esgrimiendo la triunfante espada,
Ora á las Musas tributando ofrendas,
Descollaste en la lucha de la vida
Como en la selva virgen, la palmera.

Sólo el soplo alevoso de la muerte
Doblegó tu constancia en la palestra....
¡Misterio pavoroso del destino,
Tormento de la humana inteligencia!....

Caíste, al dilatarse el horizonte
De tu noble ambición, cuando la enseña
Del supremo poder, sobre tu pecho
Iba á ostentarse con fulgor de estrella!

Mas tuviste en la muerte la apoteosis
De perdurable gloria mensajera;
Sin las amargas heces del calvario,
Sin lágrimas ni sangre en la ardua meta.

Caíste, y en tu fosa veneranda
De los bandos rivales las banderas
Eternizan unidas la memoria
Del prócer, del guerrero y del poeta.

D. DE VIVERO

AL SEÑOR JULIO H. SALAZAR

ENCARGADO DE NEGOCIOS DEL ECUADOR

EN LA SENTIDA MUERTE DE SU SR. PADRE GENERAL

✻ **II. FRANCISCO J. SALAZAR.** ✻

Llorad Ecuatorianos, llorad inconsolables
La pérdida tremenda, que el cielo os deparó
El que era la esperanza futura de la Patria
Por siempre el caro suelo y el mundo abandonó.

Llorad: que vuestro llanto, derrámese á torrentes;
Mostrad al mundo entero un sin igual dolor,
Al ver que desaparece de esa querida tierra,
El que era ya el orgullo de todo el Ecuador.

Vosotras, ninfas bellas, del caudaloso Guayas,
Las que pulsais la lira, la cítara y laúd;
Y sentís las penas que afligen á la Patria,
Cantad, también las glorias que encierra su ataúd.

Cantad, y las notas que exhalen vuestros pechos
Elévense al empírio, henchidas de dolor,
Pidiendo al que es Eterno, dirija hacia ese suelo
Benéfica mirada de compasión y amor.

¡Y vosotras! oh moles! graníticas del Andes
Que desafiáis impávidas, la horrenda tempestad,
Romoved las entrañas, arrojad vuestra lava
Para que así la muerte aplaque su ansiedad.

Que se abran vuestros cráteres, elévense las llamas
A prodigiosa altura, que nunca tuvo igual;
Y alumbren refulgentes en la enlutada Patria,
La tumba del *patricio*, cual cirio funeral.

N. BOLAÑA.

Lima—1892.

He pedido la última página de este merecido tributo á la memoria de un gran americano, porque quiero llenar un deber de justicia, satisfaciendo un elevado sentimiento.

Cuando al siguiente día de las derrotas de Lima —pensando acaso que el mejor lenitivo de los dolores patrióticos es la explicación honrada de los hechos que los causan,—publicó el Señor General D. Francisco J. Salazar su opúsculo sobre las hecatombes de San Juan y Miraflores en relación con el arte de la guerra, las fibras mas delicadas de nuestro sentimiento vibraron heridas por la franca austeridad de sus palabras. Sentimos todos que el opúsculo del Señor General Salazar era algo como el amenguamiento del patriótico ardor y de la em-

peñosa decisión con que defendimos nuestro suelo, para no dejar saborear á los vencedores el objetivo de la guerra. Casi no me engañaría si afirmara que guardamos siempre por esos renglones al Señor General Salazar, una queja tan sentida, como era firme nuestra confianza en la simpatía despertada por la causa aliada de las Naciones del Norte.

Hoy, que la fría acción de los años ha dado de mano á las exaltaciones de la hora de lucha; hoy, que los diferentes acontecimientos de ese período amargo de la vida nacional se han examinado severamente á la luz de la ciencia militar y de la política; hoy, en fin, que sabemos en donde están las responsabilidades y los crímenes de ese gran sumario; no hay, nó, el derecho de confundir la ilustrada crítica del General Salazar bajo los sentimientos de patriótico enojo que produjeron nuestras derrotas de 1881. Al recorrer ahora las páginas de ese opúsculo, se vé, por el contrario, la ilustración profesional del autor, su imparcialidad manifiesta, la justicia que rinde á nuestro patriotismo, á nuestro valor y á nuestro infortunio; y, lo que es más sensible, la facilidad con que pudimos salvarnos de la ruina si una mano experimentada, como la suya, nos hubiera dirigido en ambas batallas.

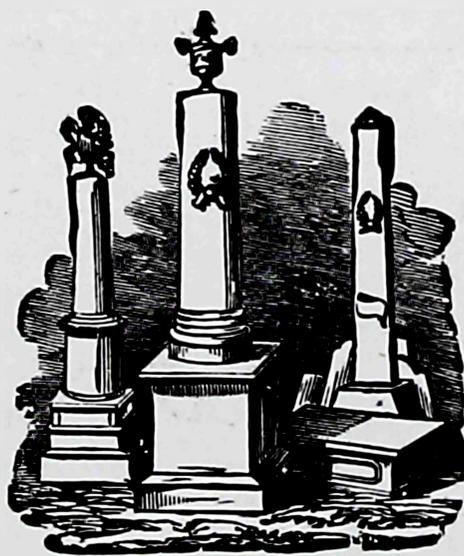
La constante admiración que ese folleto encierra por el General Baquedano, fué fruto de la amistad que lo ligó al General Salazar. El patriotismo peruano no tiene porque dolerse de ella, porque en nada amengua nuestro mérito en la lucha, ni encierra en sus términos, quizá exagerados, parcialidad voluntaria en la apreciación de los hechos.

Después de esto, desde 1881 hasta su muerte el General Salazar ha empleado todos sus esfuerzos en robustecer las relaciones de su país con el nuestro, en descifrar viejas preocupaciones y en solucionar cuestiones pendientes entre ambos. Esa labor lo hace para los peruanos acreedor no solo á que su memoria se conserve exenta de reproches, sino á que la acompañe nuestro agradecimiento.

Hay materias que nadie gusta tocar porque todos temen hablar el lenguaje de la verdad. No hubiera querido estar solo al expresarlo; pero ante el silencio de la muerte, cuando nada más que justicia es lo que se representan estas palabras escritas tan de ligero, pero con serena razón; no tengo por que quitar este honrado tributo á la corona de eternas flores que la literatura y la ciencia han tejido para enseñar á los que vienen la talla moral de los que fueron.

Lima, Abril 1.º de 1892.

ALBERTO ULLOA.



ERRATAS

PÁG.	LIN.	DICE	LÉASE
69	7	yases	yaces
73	5	sepresentan	representan

